

2-2522

TOMO I

Bogotá (Colombia), Septiembre 15: 1890

ENTREGA 5^a

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía, Historia, Viajes, Geografía, Estadística, Crítica,
Cuadros de costumbres, Poesías, Variedades, etc.

DIRECTOR: ISIDORO LAVERDE AMAYA

Administrador: IGNACIO POSSE AMAYA

CONTENIDO:

I.—Historia por Martínez Silva, por Rafael M. Merchán	253
II—El Bosquecillo del Rey (novela), por Hephel (conclusión)..	265
III—La lucha por la vida, por Roberto Suárez ..	293
IV—A Julia [poesía], por Francisco A. Gutiérrez ...	313
V—Corona del Genio [poesía], por Ricardo Carrasquilla	314
VI—Dos Semillas [poesía], por Constantino Gil	314
VII—La Fábula en la Historia, por P. Pereira Gamba	315

CONDICIONES:

La suscripción anual vale.....\$ 4 ..
 Un semestre... .. 2 20
 Un número suelto..... 0 40
 Se reciben suscripciones en la Agencia general de *La Nación* y se venden números
 sueltos en la Librería de Torres Caicedo, en la de Camacho Roldán & Tamayo,
 en la de Currióls & Seyde y en la Librería Popular de Federico de Guzmán.

IMP. DE "LA LUZ," CALLE 13, NUMERO 100
APARTADO 160—TELÉFONO 220

AGENCIA ESPECIAL DE
 COPIAS Y REPRODUCCIONES
 25 FEB. 1900
 PANAMA
 MADRID

INDICE DE LAS "NOTAS DE VIAJE" POR SALVADOR CAMACHO ROLDAN

[CONTINUACIÓN]

CAPITULO XII

LA INMIGRACIÓN AL VALLE DEL MAGDALENA

Necesidad de brazos extranjeros.—Condiciones que esta inmigración requiere.—La raza blanca no es á propósito para colonizar las tierras tropicales.—La africana es la adecuada para iniciar esa empresa.—A ella se debe la colonización de la América tropical.—Necesidad del cruzamiento entre las razas blanca y negra en América.

CAPITULO XIII

COLONIZACIÓN COLOMBIANA DEL VALLE DEL MAGDALENA

La colonización colombiana del valle del Magdalena.—Poblaciones de las cordilleras que podrían ocupar las orillas del río.—El antioqueño y el socorrano.—Deberían ser precedidas de la ocupación por las razas vacuna y de cerda.—Ejemplo de la colonización del valle del Mississippi.—Para ello hay base en los rebaños de los Estados de Bolívar y Magdalena.

CAPITULO XIV

LA NAVEGACIÓN POR VAPOR

Vehículos del tiempo de la Colonia.—Vida salvaje en el Magdalena.—La poesía de Madieto.—La independendencia de Colombia.—Días solemnes.—Inmigración extranjera notable.—El señor Elbers.—Sus primeros vapores.—Revocación del privilegio concedido á éste.—El señor Francisco Montoya y el vapor *La Unión*.—Las Compañías de Santamarta y de Cartagena.—Nuevos vapores.—La abolición del estanco del tabaco asegura la navegación por vapor.—Reseña acerca de esta medida.

CAPITULO XV

LAS CIUDADES DEL DELTA

Santamarta.—Ventajas y desventajas de ésta.—Sus habitantes.—Proyecto de ferrocarril al Banco.—Cartagena.—Origen de su prosperidad.—El Dique.—Avance del mar sobre la tierra.—Barranquilla y Sabanailla.—El ferrocarril.—Su porvenir.—Las líneas de vapores trasatlánticos.

CAPITULO XVI

VIAJE POR EL MAGDALENA. HONDA

La vista del río.—Mejoras en el tránsito introducidas por el ferrocarril de La Dorada.—Honda antes del terremoto de 1805.—El ferrocarril de La Dorada.—Sus proyectistas.—Aspecto de la población.—El clima del río.—La bajada.—Puerto Niño.—Buenavista.—Nare.—Puerto Berrío.

CAPITULO XVII

DE PUERTO BERRÍO A LA BOCA DE LEBRIJA

El poblado de Puerto Berrío.—El ferrocarril de Antioquia.—Trazado de éste.—Ríos tributarios al Magdalena Central.—El San Bartolomé, El Carare.—El Opón, El Sogamoso, El Colorada.—El pueblo de Carare y su comarca.—Los indios aruacos.—Entrada de Gonzalo Jiménez de Quesada por el Opón.—La Tora, hoy Barrancabermeja.—Barbacoas.

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

HISTORIA POR MARTINEZ SILVA

La respetable casa editorial de los señores Camacho Rol-dán y Tamayo acaba de hacer imprimir la segunda edición del *Compendio de Historia Antigua*, por el Dr. D. Carlos Martínez Silva, y nos consideramos en el deber de decir algo, ya que el autor ha acogido con ingenuidad las observaciones que hicimos á la edición primera, y aun las ha tomado como base para su revisión; pues aunque un voto particular no sea decisivo, ni pretenda serlo, sí es de justicia que quien lo emitió al hallar motivos de censura, no calle cuando su crítica ha de revestir la forma más placentera, que es la del elogio.

“Segunda edición” hemos dicho, porque el autor la llama así; pero en realidad, poco hay de la anterior en el volumen que tenemos á la vista. El autor no ha conservado sino las partes que requerían pocas enmiendas; ha puesto á un lado las envejecidas ediciones de Cantú, que, como el mismo ilustre italiano lo ha reconocido, no pueden continuar sirviendo de guía en esta época de revolución completa de los estudios históricos; y ha seguido las huellas de autores que están al corriente de las investigaciones últimas, los arqueólogos Rawlinson y W. Smith y el historiador Liddell, entre otros.

En dos grupos pueden clasificarse nuestros principales reparos al *Compendio* publicado en 1884: el primero, que resucitaba errores destruidos ya por la crítica moderna; el segundo, que era deficiente en datos sobre las instituciones políticas de Roma, á pesar de haberse indicado que se consideraría especialmente ese punto.

Ambos han sido ahora ampliamente satisfechos.

Tocante al primero, el *Compendio* afronta con gallardía las responsabilidades que le impone la data que lleva; presenta en su nueva luz los sucesos sobre los cuales hay certidumbre de que no ocurrieron como antes se refería, y deja en



la penumbra los que todavía son dudosos. Es incuestionable que un libro así facilita más la inteligencia del mundo antiguo, que los de los historiadores clásicos, llenos de errores geográficos y de todo género, á los que se han agregado después las equivocaciones de los modernos, por mal conocimiento de los textos antiguos y por extravagancias al aplicar el principio de inducción en ausencia de datos.

Algunos de estos errores han sido trascendentales. La Convención francesa decretó la pena de muerte contra los que propusieran leyes agrarias, porque se creía entonces que éstas entre los Romanos tenían por objeto, como en Esparta bajo Licurgo, la repartición de las propiedades particulares; y todavía en libros muy recientes hemos visto repetido ese falso concepto. El señor Martínez lo rectifica:

“Es de advertir que las restricciones sólo se referían á las tierras del Estado que estaban en poder de particulares, mas no, como se ha creído durante mucho tiempo, á las propiedades que no tenían ese origen, y acerca de las cuales no se estableció limitación alguna.” (Pág. 264).

La mala reputación de Alejandro el Grande como intemperante en toda clase de placeres, ha llegado hasta nosotros, á pesar de la seguridad de lo contrario que Plutarco da en sus *Vidas Paralelas*; y el ejemplo es nocivo, porque muchos militares de ambos mundos, deseosos de parecerse al héroe en sus glorias, se han limitado á parodiarlo en las orgías, como los poetas que por competir con Musset y Espronceda se entregan á las delicias de Baco y se privan de saborear las del genio. El señor Martínez no se atreve á prescindir enteramente de la tradición, y reproduce las acusaciones vertidas contra el gran conquistador; pero es tan sólida y casi tan decisiva la defensa que de éste acaba de hacer el vice-almirante Jurien de la Gravière, que el autor del *Compendio* agrega:

“El carácter y las empresas de Alejandro han sido muy diversamente juzgadas; pero la crítica moderna tiende á realzar, de día en día, la gran figura del vencedor en Arbela y á vindicarla de los cargos que fue moda hacerle en tiempos de los retóricos antiguos, y que un historiador militar de nuestros días explica por la envidia natural que el *talento* profesa al *genio*.” (Pág. 141).

En la página 175 encontramos esta nota:

“Se daba en Roma el nombre de Cuestor á dos clases distintas de funcionarios públicos, encargados los unos de recaudar y cuidar las rentas del Estado, y los otros de desempeñar las funciones de acusadores ó fiscales en los juicios. Los primeros se llamaban *cuestores clásicos* ó del

erario, y los segundos, *cuestores parricidas*; porque *parricida* era en Roma nó sólo el que daba muerte á un pariente, sino el que cometía homicidio en la persona de un ciudadano.”

En efecto, el gran Diccionario latino de Forcellini y De-Vit dice en el artículo *Cuæstor*: *PARRICIDIUM apud Veteres significabat quodcumque homicidium*. Esa voz se encuentra, con el sentido de *asesinato de padres ó parientes*, en autores desde los últimos tiempos de la República, pero no en los documentos antiguos (entre otros un fragmento conservado de una ley de Numa), en los cuales significa *cualquier homicidio*; y esto nos hace creer que no tienen razón los que la derivan de *pater* y *caedere*, como el Diccionario de la Academia Española, sino los que fijan su origen en *par* y el mismo *caedo*; *parricida* (ó *paricida*, porque también ponían una sola *r*, y á ocasiones terminaban este vocablo en *s*) era, pues, etimológicamente, *el que mata á un par*, ó lo que es lo mismo, á un semejante. Si de *pater* procediera, ¿cómo se explicaría que primitivamente no valiese *matar al padre*?

No es posible señalar todas las rectificaciones, pero sí advertimos que, hasta donde conocemos el trabajo moderno de depuración de la Historia, el *Compendio* lo resume, excepto tal ó cual incidente en que el autor, á sabiendas, no ha querido separarse de la tradición, principalmente al tratarse de conjeturas, unas veces verosímiles, otras veces meras fantasías germánicas, que ni aun la autoridad de Niebhur ha podido hacer pasar en calidad de moneda corriente. El historiador que acabamos de nombrar niega que la ciudad eterna se formase con la fusión de pueblos diversos, pero nadie se lo ha creído, y el señor Martínez tampoco. De los primitivos habitantes de Italia dice éste que *parece* que fueron los Pelasgos, y Dionisio de Halicarnaso así lo afirma; el verbo *parece* es una ligera contemporización con la tesis de Schoell, quien refuta á Dionisio. Lo que hay de positivo es que los escritores antiguos extendían ligeramente el nombre de *Pelasgos* á razas extrañas, como la de los Celtas; mas por lo que concierne á Italia, no es improbable que fueran de aquel origen algunas de las colonias griegas que empezaron á poblarla. Al explicar la Constitución de Roma, el señor Martínez conserva la división, admitida generalmente, de asambleas de nobles (*curias*) y asambleas de plebeyos (*centurias*). Mommsen dice perentorio-

riamente que en ninguna de las dos tuvieron jamás voto exclusivo ni los plebeyos ni los nobles; sus argumentos, aunque vigorosos, no han sido todavía comunmente aceptados, y para exponerlos tuvo el célebre profesor de la Universidad de Berlín que empezar por refutarse á sí mismo. Oigámoslo:

“Según la opinión más extendida, y que yo mismo he sostenido, desde el día en que hubo patricios y plebeyos en la ciudad de Roma, y en que el patriciado formó un orden distinto en la asamblea de los ciudadanos, debió también este orden, en ciertas circunstancias autorizadas por la Constitución, tener sus asambleas separadas. Confieso que hoy opino lo contrario, y que tengo para ello valiosas razones.

.....
 “Ni en las curias ni en las centurias tuvieron jamás los patricios ni los plebeyos voto exclusivo.”

La gran autoridad de Mommsen y la lógica de sus razonamientos, son de peso casi irresistible; y si el trabajo del señor Martínez fuese una disertación académica, le pediríamos que aceptase ó refutase aquella teoría, pero que no prescindiese de ella. En un libro de texto quizás ha hecho bien en omitirla; porque no está generalmente adoptada, como lo dejamos dicho, y no se puede hacer de soslayo reconstrucción tan grave sin exponer al alumno á sacar del colegio ideas exactas ó nó, pero que pugnan con la lección común, á tiempo que se le dejaría desprovisto de pruebas abundantes para sostenerlas; de dar éstas, habría que reproducir el comentario de Mommsen, que es largo; y de hacerlo en este caso, no quedaría justificado que no se efectuase lo mismo en otros episodios controvertibles; de lo cual resultaría que el texto, en vez de ser sereno como la ciencia, se tornaría alegato de polémica, y ese sí sería defecto capital. En Física está yá desacreditada la hipótesis de los dos fluidos eléctricos; parece que yá únicamente en Alemania se da valor real á esas palabras; y sin embargo, todavía hoy se usan en las cátedras los términos *electricidad positiva* y *electricidad negativa*, porque son los que mejor se prestan á la explicación de los fenómenos correspondientes. Las ciencias físicas se encuentran en una época de transición,—dice Ganot,—y hay que expresar en lenguaje antiguo las ideas nuevas. Otro tanto sucede en Historia: el funcionamiento de las instituciones se ve claramente como lo explica el Doctor Martínez, y quedaría confuso con el novísimo engranaje que quiere montar el eminente autor germanico.

En orden á hechos comprobados yá, el señor Martínez no tiene vacilaciones; los acepta resueltamente, como lo hizo respecto de Sesostris. Los escritores griegos han oscurecido el pasado de Egipto, entre otros modos atribuyendo á un mismo personaje las hazañas de dos que no tuvieron nada de común, y que vivieron en épocas muy lejanas una de otra; pero yá no es posible la confusión, desde que en 1886 descubrió el Profesor Maspero la momia del gran Sesostris, y la del padre de éste, Setos, con inscripciones que las identifican.

Respecto de las instituciones romanas, el *Compendio* contiene cuanto puede apetecerse en un texto que no es de jurisprudencia. Describe el modo de ser social de los primeros tiempos de la gran ciudad, la organización atribuída á Rómulo, las importantes alteraciones de Anco Marcio y Servio Tulio, resume después lo que se sabe acerca de las reformas de las Doce Tablas, explica las vicisitudes del sufragio en la larga lucha de patricios y plebeyos, el origen y función de todas las magistraturas, los cambios que los progresos del elemento democrático introdujeron en el gobierno y en la sociedad, de modo que se ve distintamente la influencia de la legislación en los acontecimientos, y la de éstos en la legislación.

Todo esto se halla, no agrupado formando conjunto de doctrina, sino esparcido metódicamente, á medida que van adelantando los sucesos de Roma y los de la historia paralela de las otras naciones. Así tenía que ser, porque este libro no se propone, lo repetimos, historiar el Derecho, sino la vida de la humanidad en tiempos remotos. Sin embargo, para los que gusten seguir el desarrollo de una misma idea al través de los siglos y sus diversas manifestaciones según el temperamento de cada pueblo, habría sido útil complemento de la obra un índice alfabético de ideas y nombres propios, ya separado ó ya como parte del copioso Diccionario geográfico que se halla al final. En ese índice encontraría el estudiante señalados todos los lugares donde se habla de la Constitución de Roma; en el capítulo *Religión*, vería mencionados los cultos que precedieron al Cristianismo; en *Escipión*, en *Bruto*, los diversos personajes que llevaron estos nombres; y así se facilitarían los estudios comparativos. Señalamos esto, no como defecto, que no lo es, sino como mejora posible, y estamos se-

guros de que, á no haber tenido que ausentarse el Doctor Martínez, la habría introducido, pues nos consta que se propuso no ahorrar trabajo ni estudio para el perfeccionamiento de su obra.

La cual hubiera sacado una docena más de hojas de impresión, y yá, sin eso, tiene extensión casi doble que la edición primera; pero este aumento no sería un mal. Un libro de texto debe ajustarse á la cantidad de tiempo que los colegios dediquen á su enseñanza, y, sin sacrificio de la doctrina, que es el fondo, cuidar de no extenderse inútilmente en vaguedades indefinidas; mas de ahí no se sigue que los textos más cortos sean siempre los mejores. La concisión es buena, con tal de que no envuelva oscuridad ni fatigue la inteligencia á manera de logogrifo. Prueba de ello es el *Compendio de Historia Universal*, por Castro, desesperación de los estudiantes, y lo que es más sensible, desesperación inútil, pues á fuerza de querer decirlo todo y de abreviarlo todo, no enseña casi nada, y no deja en el espíritu otra idea que la que nos formaríamos acerca de la grandiosa arquitectura de un monumento, sin haber visto más que los andamios. En leer una página se empleará menos tiempo que en leer dos; pero en *entender* un suceso se invertirá menos en dos que en una, si las dos se hallan inteligentemente ampliadas, y la una mezquinamente reducida.

Tan lejos estamos de aprobar la brevedad ni el laconismo con perjuicio de la integridad, que todavía hubiéramos querido ver, al comenzar el *Compendio*, unas cuatro ó seis páginas destinadas á los hechos prehistóricos. Pudiera objetarse que el Doctor Martínez no podía, sin incurrir en contradicción consigo mismo, dar pasaporte á las aserciones de una ciencia que remonta á centenares de miles de años la aparición del hombre en la tierra, y que calla sobre el Paraíso; pero los hechos, sin dejar de ser tales, y sobre todo cuando no están muy bien conocidos, admiten más de una hipótesis ó teoría que los explique, y la tal contradicción no ha sido encontrada por los muchos escritores ortodoxos, sacerdotes varios de ellos, que cultivan con cariñoso interés los mencionados estudios. Hace mucho tiempo que leemos la *Revue des Questions Historiques*, acreditada publicación católica de París, y en sus

páginas hemos visto magníficos escritos sobre los descubrimientos prehistóricos. Y cuando así no fuera, siempre sería cierto que hoy no se puede llamar ilustrada una persona que ignore las ideas que corren en el mundo respecto de la existencia primitiva de nuestros antepasados. No se trata de decir á los alumnos: “crean ustedes tales ó cuales herejías,” sino esto otro: “el mundo civilizado se preocupa mucho actualmente con estos hechos y estas ideas.” Es claro que quien redacta un texto de historia moderna, no ha de relatar lo que sucedió antes del siglo XV; el que escribe la de la edad media no está obligado á hablar de la antigüedad; y asimismo, el autor de una historia antigua no tiene por qué subir hasta las épocas prehistóricas; pero siempre conviene, y generalmente se hace, un resumen de lo anterior al periodo que se narra, para poner una como lámpara en el punto de partida. Verdad es también que lo que pedimos es cosa no acostumbrada, pues son muy pocos los textos de historia universal ó antigua que comienzan con la época prehistórica, lo cual se debe á que esta es una ciencia nueva y á que en Europa y en los Estados Unidos hay muchas fuentes especiales para empaparse en ella; pero en Colombia no se enseña, que sepamos, ese nuevo ramo del saber en los colegios, y es tiempo yá de que la juventud se aficione á estudios que cada día adquieren más boga, y de los cuales tánto espera la historia de la civilización. Estas palabras nuéstras no implican censura, sino un deseo, que será atendido ó nó, pero que tiene por objeto propender al desenvolvimiento de la cultura nacional.

Uno de los caracteres del señor Martínez como historiador del mundo antiguo, es la emancipación de todo espíritu de partido ó de secta. Lo notámos con elogio en la primera edición de su *Compendio*, y hemos de insistir, porque esta es una de las más recomendables condiciones en un libro que aspira á ser aceptado en todos los colegios. Ciertamente, él no sacrifica ninguna de sus convicciones, ni mucho menos se erige en campeón de principios que no son los suyos, y sus primeras treinta y cinco páginas dan temas para interminables contestaciones; pero si él se prestara á suprimirlas y pidiese á la ciencia algo incontrovertible, algo eternamente sólido con que reemplazarlas, se le respondería que todavía no lo hay, y que no se sabe si algún día lo habrá.

Si pasamos á las ideas políticas, sobradas ocasiones se le presentaron de hacer de su obra un folleto de propaganda, y no las quiso aprovechar, con lo cual han ganado, moralmente él, y su libro científicamente. Ahora que ha pasado Colombia de la federación al centralismo, ¿cuánto partido no habría sacado de la historia de Grecia un escritor imprudente, para disertar sobre los peligros del fraccionamiento de las naciones, sobre la impotencia de los Estados pequeños para las grandes cosas? Hablando de la decadencia de Egipto dice:

“... Se desarrolló una verdadera epidemia de descentralización: y hacia la mitad del siglo octavo, cuando la Asiria juntaba y fundía en un solo Estado las diversas tribus y naciones del Asia occidental, por tantos años divididas, el Egipto se suicidaba partiéndose en más de veinte soberanías distintas, que no reconocían ninguna autoridad superior, ni formaban entre sí ningún vínculo para la defensa común.” [Pág. 49].

Eso es todo, y es la verdad; ese es el hecho histórico. ¿Pero el sermón dónde está? El señor Martínez no ha querido predicarlo, y ha hecho bien, porque él sabe que todos los Estados antiguos cayeron sin ser federales, que al Imperio Romano no lo salvó de la muerte la centralización, y que federalismo ó no federalismo distan mucho de ser dogmas políticos ó de otra clase; son asuntos de oportunidad, de conveniencia, de tradición, de idiosincrasia de los pueblos.

La rivalidad entre Esparta y Atenas le brindaba oportunidad de realzar las excelencias del principio de autoridad sobre las trepidaciones de la demagogia. Esos dos Estados representan en la antigüedad algo así como la lucha moderna entre los dos grandes partidos liberal y conservador. Y á la verdad, si Esparta ostentase constantemente la autoridad brillante por sus victorias morales, recomendable por su prudencia y su equidad, heroica por su ciencia y sus virtudes, el señor Martínez habría hecho muy bien en señalárnosla, á imitación de los filósofos antiguos, como ideal imperecedero, del mismo modo que nosotros entonaríamos himnos eternos á la hermosa Atenas si ella hubiese levantado altares pulcros á la libertad, aras inmaculadas donde el populacho no hubiese sacrificado á Aristides con el destierro ni á Sócrates con el suplicio, templos que no hubiesen sido profanados con la altanería de tiranos elevados al poder supremo por las multitudes tornadizas. El señor Martínez expone las grandezas y las debilidades de ambos Estados, admira en uno y otro el patriotismo cuando

hay ocasión para ello, y en los dos condena, á medida que se presentan ante su vista, el avasallador despotismo de Esparta, los turbulentos desórdenes de Atenas, el egoísmo y la insolencia de ambos.

En Roma la plebe no fue inocente, ni mucho menos. El señor Martínez censura sus demasías, como las ha censurado, sin excepción, toda la posteridad. Pero aquella aristocracia odiosa del patriciado también es objeto de un juicio severo y merecido, no obstante que en ella estaba encarnado el principio de autoridad. Y corre en todo el libro del señor Martínez algo como un estremecimiento silencioso de simpatía sincera en favor de todas las víctimas y de reprobación de todas las infamias. Roma es llamada pérfida, cuando lo es, como en sus relaciones con Cartago; y hay aplauso para todos los que protestaron con su palabra ó con su vida contra el despotismo envilecedor: Moisés en Egipto, Trasíbulo en Atenas, Pelópidas y Epaminondas en Tebas, Viriato en España, Cleón en Sicilia, los Gracos en Roma, Espártaco en Capua y en Brindis. “La opresión está á punto de concluir cuando llega al exceso,” dice (página 23).

Insistimos en esta materia, porque es la que más inmediatamente nos atañe, y cada país debe consultar en la Historia sus más apremiantes dolencias. La sabia Inglaterra ha estudiado con fruto los peligros de la rivalidad entre las aristocracias opulentas y altivas y las democracias oprimidas y hambrientas, y el bienestar del pueblo es cosa que ella no descuida jamás. Alemania debería reflexionar en que todos los grandes imperios militares han sucumbido al peso de sus propias armas. Los Estados Unidos tienen en Roma y en los otros pueblos antiguos, oráculos á los que pueden interrogar cuando gusten acerca de las consecuencias que tarde ó temprano acarrea la corrupción de las costumbres públicas. España puede aprender, especialmente, que las colonias sí son capaces de cariño hacia la madre patria, pero á condición de que la madre patria quiera hacerse amar. Y ella misma, y Francia, y todos los demás pueblos latinos, en cuyo número figuramos, deberíamos inducir esta ley histórica: que el principio de autoridad y el principio de libertad bajo los cuales nos amparamos alternativamente cada semestre, son como las dos alas de una mariposa; que el vuelo depende del ar-

mónico movimiento de ambas, y no hay que arrancar ninguna de ellas. La enfermedad moral de toda nuestra raza,—ó de lo que llamamos así,—es abrigar del derecho una concepción colosal, y del deber una noción liliputiense.

La historia universal tiene tres grandes faces, que son: imperio de la autoridad humana (época antigua); imperio de la autoridad divina (edad media); sublevación contra ambos imperios (tiempos modernos). La primera, aunque también religiosa en apariencia, no lo es en el fondo, porque en Asia no fueron pocos los monarcas semi-ateos; los de Egipto conocían cuán farsantes eran sus sacerdotes; en Grecia los gobernantes sabían de antemano qué respuestas habían de dar los oráculos; en Roma dos augures no podían encontrarse sin reírse (*si augur augurem...*), y la incredulidad cundía hasta en las clases menos ilustradas, como lo demuestra la conocida anécdota de Claudino Pulcher. La segunda época se resume en el apogeo del Pontificado, y la tercera se caracteriza en la Reforma y la Revolución francesa. El Socialismo y el Comunismo nos hacen creer á veces que la tercera no ha terminado todavía, pero también el espíritu de los días actuales parece anunciar el comienzo de una cuarta época, de temperancia de la sublevación, como si se reconociera que se ha ido demasiado lejos, y que la meta no era la abolición del principio de autoridad, sino su encauzamiento entre las bellas y solidarias márgenes de la libertad y la justicia. (1)

Ojalá que si el Doctor Martínez escribe la historia de la edad media y la de los tiempos modernos, pueda hacerlo con ánimo tan sereno, criterio tan imparcial y pulso tan firme como los que ha tenido en la composición de su *Historia Antigua*. En ésta le fue fácil la tarea, porque ¿qué le importan

(1) Después de haberse publicado este artículo el 7 de Marzo último en el *Star & Herald* de Panamá, he recibido de varios amigos manifestaciones de extrañeza, á las cuales la irreprochable cortesía de la forma no les quita el carácter de reconvención, por ese homenaje rendido al lema: *In Justitia Libertas*. He contestado,—y doy gracias á mi estimado amigo el señor Laverde Amaya porque al pedirme autorización para reproducir este escrito me ha presentado la ocasión de insistir,—que el mencionado lema es un principio esencialmente liberal, y no puede ser sino liberal, porque quien rechaza la libertad fundada en la justicia, ha de quererla fundada en la injusticia. A imitación de Molière, pero en sentido distinto, tomo mi bien donde lo hallo, sin preocuparme con los aciertos ni con los desaciertos de partidos determinados en los que nada tengo que ver. Y después de todo, la verdad es que la Historia no juzga á los partidos por sus lemas, sino por su conducta.

á él los altares de Zeus, el Panteón de Agripa ni los cocodrilos de Africa? De todos los cultos primitivos el único que le interesa es el hebreo, y como este pueblo no influyó en los destinos de Grecia, Roma, Cartago, ni de una manera predominante en el país de los Faraones, muy bien ha podido el autor del *Compendio* ser juez irrecusable de lo que ha relatado. Y con todo eso, todavía hubiera tenido campo, si lo hubiese querido, para dar actividad á alguna pasión política. Si sus simpatías por la democracia no son desbordantes, si se inclinan más bien, en materia de formas de gobierno, á la monárquica, como nos lo hace creer su programa del curso de Derecho Público dictado en 1889 para la Universidad, esas simpatías se hubieran revelado al hablar de las monarquías que llenaron el mundo antes de Jesucristo, tanto más, cuanto que en el paralelo entre ellas y las repúblicas de entonces, éstas no resaltan como ideal para nadie, ni dejaron de ser, excepto en un breve período de Atenas, otra cosa que comunidades aristocráticas, soberbias, muy distintas de esta hermosa concepción de la república, que consideramos uno de los honores inmortales de la época moderna. Y aun al hablar de Atenas, después de la expulsión de los Treinta Tiranos, dice el señor Martínez:

“Es de notarse que el partido democrático, que tanto había sufrido, se condujo, al recuperar el poder, con rara moderación y prudencia.” [Pág. 115].

¿Y de la monarquía qué dice? Saúl aparece con toda su crueldad, Filipo con todas sus ambiciones, los sucesores de Alejandro con toda su pequeñez, Tarquino el Soberbio con todo su despotismo, sin contar aquellos reyes asirios y persas que se pasaban la existencia en incesantes carnicerías.

Acerca del modo como vino á menos la monarquía egipcia después de Rameses III, dice:

“La decadencia general de este país empieza en esta época con la pérdida de la disciplina militar y con la introducción del lujo y de la molicie en la corte de los Faraones. Todos los sucesores de Rameses fueron pródigos, holgazanes, afeminados y sensuales. é incapaces de regir el Estado, entregaron el poder á los grandes sacerdotes del templo de Ammón en Tebas. La decadencia no fue sólo en lo político: la arquitectura egipcia desaparece desde la muerte de Rameses III; y sobre todo declina la literatura, sufriendo casi completo eclipse, después de que en los reinados anteriores se habían cultivado con brillo la historia, la teología, la filosofía práctica, la poesía, la correspondencia epistolar, las novelas, los viajes y las leyendas. Desaparece al mismo tiempo la moral pública: el sensualismo se apodera de todas las clases sociales, se introduce la poligamia, y la corte es teatro de las más vergonzosas intrigas.” [Pág. 46].

Y antes había dicho, al tratar del pueblo Hebreo:

“Este pidió entonces á Samuel un rey como lo tenían todas las naciones circunvecinas. Samuel reconvino fuertemente á los Hebreos porque querían obedecer al hombre más bien que á Dios, y les pintó los peligros que correrían con la monarquía; mas como el pueblo persistiese en su petición. Samuel le dio por rey á Saúl, de la tribu de Benjamín, y después de echarles en cara sus culpas y su ingratitud con Dios, se despojó de la dignidad de juez.” [Pág. 27].

De igual manera encomia á los monarcas buenos que encuentra en su estudio, pero lo hace sin la exageración del prosélito, y guiándose únicamente por ese sentimiento de imparcialidad, que debe ser la primera cualidad del historiador, y de la que él ha hecho gala notoria.

César es presentado principalmente como conquistador, reformador y víctima. Después de lo mucho que se ha escrito en su favor y en su contra, nos parece que el juicio definitivo es yá que este capitán ilustre fue un usurpador, mas no un tirano. Quizás hubo reflexión en su clemencia, pero ¿qué importan las razones que tenga un individuo para no vejar á la humanidad, con tal que no la veje? Al mismo tiempo el señor Martínez lo llama hombre audaz, ambicioso, que no veía en la ley sino una tela de araña que rompía cuando se le antojaba (página 342). Y sobre sus pretensiones á la diadema real:

“A la verdad no faltaban fundamentos para esta suposición, pues los aduladores del Dictador, como sucede siempre en estos casos, no cesaban de tentar su ambición y de tributarle honores exagerados.” [Pág. 356].

El fallo de la posteridad contra César no implica, empero, la absolución de sus contrarios. Pompeyo representaba la legalidad, nó la libertad, y no vemos en todo el partido del Senado quién hubiera podido devolver á la República expirante su prístina grandeza. Dos ó tres caracteres honrados, —y no había más,—eran impotentes para imponer á una sociedad corrompida sus virtudes solitarias. Ha sido moda aplaudir la muerte de César; mas para que se explique esa aprobación de un homicidio inútil, habría sido conveniente que sus autores hubiesen fundado después algo grandioso y firme, y sobre todo, que no fuesen los conjurados, como casi todos lo eran, hombres que debían al Dictador favores inmensos, algunos hasta la vida. Cuando los pueblos atraviesan días depravados como aquéllos, no se debe preguntar quién es el más inicuo, sino quién el más desgraciado, para darle nuestra

compasión, nó nuestra simpatía. Esta parte del *Compendio* es, por el desempeño y por el asunto, de las más interesantes, y está escrita con noble severidad.

Al cerrar el libro del señor Martínez queda la inteligencia ilustrada por la concienzuda exposición de los hechos, tan depurados como lo permite el estado actual de la crítica histórica, y el corazón profundamente hastiado de aquellas espantosas conquistas, de aquella horrible esclavitud, de aquel envilecimiento profundo del alma humana, de aquellas crueldades de todo género con que se manchó el mundo antiguo, y se siente una como gratitud inmensa hacia la civilización moderna y hacia el Cristianismo que le ha servido de pedestal.

Los que, conociendo al Doctor Martínez en la oposición, temieron que su acceso al poder se señalase por actos de violencia, se han sorprendido al ver que no es vengativo ni perseguidor, sino afable y hasta benévolo con sus adversarios políticos. Asimismo, los que pudieron figurarse que un libro de historia suyo fuese el ensalzamiento del absolutismo, se sorprenderán de ver en el *Compendio* un criterio, no diremos liberal, porque esto quizás le alarme, pero sí justiciero, lo que para nosotros es lo mismo; pues, digámoslo de una vez, yá que la ocasión se presenta, y yá que hemos enunciado esa sinonimia: tanta sinrazón nos parece que hay en hacer á la libertad responsable de los excesos de algunos de sus partidarios, como en echar al Cristianismo la culpa de los abusos de algunos de sus sacerdotes.

RAFAEL M. MERCHÁN.

[Bogotá: 1890].

EL BOSQUECILLO DEL REY

POR HEPHEL

(Puesto en castellano para la REVISTA LITERARIA).

(CONCLUSIÓN)

Aquella noche, contra su costumbre, Desiderio se mostró taciturno y pensativo. Por excepción, su apetito no correspondió á la magnificencia de los tres servicios de la comida de su tía.

Aunque con algún exterior algo masculino, no por eso la señorita d'Aumel estaba menos provista del dón de finura y

de perspicacia que Dios parece haber dado á la mujer como compensación de la fuerza que le ha negado. Al instante notó que Desiderio no estaba como de costumbre. Para hacerlo salir de su mutismo le habló de la crisis agrícola que Europa atravesaba en aquel momento, Francia en general y el departamento de Seine-et-Oise en particular, crisis que ella atribuía sobre todo á las importaciones de trigo americano. Predijo, además, que en un plazo dado el libre cambio arruinaría fatalmente á los propietarios rurales, y concluyó diciendo:

—En eso aun hemos sido burlados por la pérfida Albión.

—Extraño, en verdad, que una mujer tan inteligente como vos, tía, pueda ser anglófoba y proteccionista hasta ese punto. En Inglaterra reinaba una gran prosperidad mucho antes del libre cambio. He estudiado á fondo su historia y su legislación, y he llegado á deducir que el derecho y la fuerza de la Gran Bretaña se basan únicamente en el derecho de mayorazgo. Mediante él se conservan intactos al través de los siglos el nombre, la fortuna y los derechos de la familia. Entre nosotros la ley, al asegurar una parte igual á los hijos, en vez de hacer la riqueza de todos no hace con frecuencia sino la pobreza de todos. Con ese desmenuzamiento legal de la propiedad mueble é inmueble se han dejado atrás las teorías de los *particionistas*, los cuales, tarde ó temprano, llegarán á deshacer el país como otras tantas migas de pan tiradas á los pájaros.

—Siendo hijo único, me parece, querido, que en semejante materia eres juez recusable.

—Hijo único ó nó, nunca comprenderé la afición á repartir una brizna de yerba entre varias hormigas. Además, es necesario que os cuente que esta mañana mismo, yendo á mis quehaceres, la casualidad me hizo encontrarme con un inglés, clérigo protestante, según creo. Se me acercó y me rogó le indicara la célebre fuente del Bosquecillo del Rey, y al conversar con él pude notar cuánto respeto, y hasta diré culto, por las tradiciones y los recuerdos tienen nuestros vecinos de ultra-Mancha.

—No lo contradigo. En ese punto nos son muy superiores; pero en muchos otros, ni por pienso! No sería á mí, ciertamente, á quien uno de esos inflados ingleses hubiera podido hacer volver la cabeza. Por lo demás, según lo que he visto, el

bello sexo entre ellos no es más seductor que el otro. Las mujeres, altas y recias como granaderos, parecen tener dos brazos izquierdos, como decía no sé quién.

—Rivarol, contestó Desiderio, no menos fuerte en letras que en derecho. ¡Ah! Si os hubiese sido dado admirar, como yo esta mañana, á la arrebatadora joven *miss* que atravesó vuestros campos como la aurora cantada por los poetas, convendríais en que esa beldad desmiente por completo la aserción de Rivarol. Figuráos cabellos de un color rubio dorado que se escapaban en sedosos bucles de un sombrero de fieltro blando adornado con una pluma de faisán; ojos azules sonrientes y amables; unas cejas negras y largas en forma de arco; una boca de labios coralinos, que al hablar dejaban ver dientes blancos, pequeños y brillantes como los de un niño. Una cintura de ninfa.... una flor apenas abierta.... ¡diez y seis ó diez y siete primaveras!

—¡Caramba! ¡Qué retrato tan encantador! ¡Oh, juventud! ¡El dón de verlo todo color de rosa, todo hermoso, no es uno de tus menores privilegios! Si, ilustrada por mis diez lustros bien contados, hubiese encontrado á esos viajeros, me habría parecido que la tal inglesa tenía los cabellos rojos, los ojos verdes, el labio superior demasiado corto, los dientes excesivamente largos, cutis de pepino, y además manchas rosadas en la cara.

—Pues bien: juzgad vos misma, tía. Aquí tenéis su retrato.

—¡Bondad divina! ¡Su retrato! ¡Qué aprisa andas!

—¡Y qué mal hay en ello?

—¡Donosa pregunta! Esto excede á cuanto yo sabía respecto de la libertad de costumbres de las jóvenes inglesas. Esa prenda de recuerdo no hace más que agravar el estado de las cosas.

—¿Las cosas? Son muy sencillas. Una joven inglesa viaja con su padre, dibuja al natural, y copia ahora el departamento de Seine-et-Oise. Su sirviente tuvo la torpeza de no recoger un pequeño álbum que ella dejó caer al suelo. En cuanto los viajeros se alejaron, yo fui al lugar donde habían estado. Las malezas, el agua que murmura, los tejones de empenachada cola, los árboles, los pájaros que brincan en las ramas, la curruca que gorjea, el paro que silba, los insectos que zumban, la yerba verde, el cielo azul, las rosadas gencianas, los botones de oro, los miosotis, parecen conversar entre sí de la graciosa

aparición que ha embellecido su agreste retiro. Los escucho, hago coro con ellos, transcurre el tiempo: ¿á quién podría restituir mi tesoro?

—A tu edad, esas son desgracias cuya suerte se bendice.

—¡Lejos de mí también la idea de quejarme!

—¡Loco!

—Diré con Hamlet: “los más cuerdos son los locos.”

Mirad, tía: examinad un poco esta letra; tomad vuestros anteojos, prosiguió, poniendo la firma de Miss Ethel ante los ojos de la señorita d'Aumel; estudiemos juntos sus signos grafológicos. Yo veo ahí la sensibilidad, la constancia, la fuerza de alma. ¿Y vos?

—Por mi parte no veo nada de eso, pero conozco que la escritura es armónica y elegante.

La tía y el sobrino disputaron aún algún tiempo, hasta que el reloj, al dar las nueve, hizo sobresaltar á la señorita d'Aumel.

—¡Cómo! ¡Tan tarde! dijo levantándose. ¿Y la sacada de mis papas tardías de la Encina Capitana? Seguro que mañana vas á faltar á ella.

—Tranquilizáos, diosa mía, respecto de la suerte de vuestras solanáceas. Es probable que yo no cierre el ojo en toda la noche, y quien está en vela no es nunca sorprendido.

—Créeme: harás mejor en dormir. Prefiero que sueñes dormido más bien que despierto. Buenas noches, atolondrado; buenas noches.

II

Como á las cuatro de la tarde del día siguiente volvemos á encontrar los peones sentados á orillas de una acequia, hablando, bebiendo, comiendo y conversando del acontecimiento que los ha tenido en pie toda la noche.

Pronto muestran á su patrón los ingleses de la antevíspera que desembocan por el camino que flanquea el bosque de Marly. Pero Desiderio había sido el primero en divisarlos, y desde hacía rato los seguía con la vista. Poco después Miss Ethel hace saltar á su caballo la barrera que sirve de cercado al campo de la Encina Capitana. Su padre clava las espuelas al suyo y la sigue, y luégo moderan el andar y se acercan al grupo de campesinos. En ese momento se oye la corneta de un

regimiento de caballería que atraviesa la aldea de La Bretêche.

Desiderio, sombrero en mano, se adelanta hacia los viajeros, y les dice con cordialidad llena de deferencia:

—¿Querríais hacerme el honor de compartir nuestro almuerzo campestre? La provisión es modesta, pero ofrezco lo que tengo.

El deán, después de haber consultado á su hija con la mirada, acepta con llaneza.

—Según la Escritura, dice, vale más ser invitado con afecto sincero á comer yerbas, que becerro gordo cuando uno es aborrecido.

—Tengo frutas y leche, repuso Desiderio.

Sin embargo, vacilaba al ofrecerlos á los paseantes, porque los trabajos del campo no bastaban para explicar, ni el tinte negro, ni las magulladuras de sus brazos y manos.

Se ve, pues, en la obligación de contar que en medio de la noche toda la comarca ha sido siniestramente despertada por el toque de rebato. El horizonte se enrojecía, el aire transportaba chispas, el amarillento fulgor de un incendio rodeaba una choza cuyas vigas, lentamente carbonizadas, concluyeron por abrasarse.

Bajo el techo pronto á derrumbarse vivía una pobre vieja enferma, á quien sus hijos habían abandonado, yá que no pudieron despojarla de su último pedazo de tierra.

—Ninguna casa dividida contra sí misma puede subsistir, dice el deán interrumpiendo á Desiderio.

—Continuad, por favor, repuso Ethel, dirigiéndose al joven campesino y visiblemente conmovida. Os oigo con atención.

—A Dios gracias, nos pusimos prontamente á la obra, y después de dos horas de esfuerzos, estaba extinguido el fuego y la pobre mujer fuera de peligro.

—¿Tendríais la bondad de entregarle esta moneda de oro? —preguntó miss Ethel á Desiderio.

—Con mucho gusto, señorita. Iré á verla al instante. Hemos tenido que transportar á la tía Trouillis á una cabaña como á cien metros de aquí. ¡Ah! Qué consuelo sería para ella si consintierais en ir en persona á llevarle esa ofrenda! Vuestra compasión la conmoovería más aún que vuestra generosidad.

—Id, hija mía; id. No olvidéis que la caridad es la más excelente de las virtudes, como lo ha dicho San Pablo. Yo os esperaré aquí.

Mr. Elsewhere deslizó algunos luises más en la mano de su hija.

Desiderio y Ethel se alejaron, caminando á buen paso. La joven *miss* coge por aquí una bellorita, por allá una amapola ó una neguilla, y pregunta á Desiderio el nombre francés de esta última flor.

—En mi opinión, dice, ninguna flor puede compararse con las de los campos.

—¿Y qué pensaréis, señorita, del agricultor que no piensa más que en destruirlas? Hombre positivo y apegado á la tierra, sólo admira las doradas espigas cuando se convierten en plata.

—¡Cómo! ¿Las lindas espigas barbudas del centeno y del trigo no representan á vuestros ojos más que quintales de harina? Yo me figuraba, por el contrario, que todo agricultor debía sacar de la intimidad con la naturaleza, de la vista del cielo, sentimientos elevados y religiosos.

En seguida, divisando unos azulejos que crecían atrevidamente en un surco, Ethel penetra en el trigo, yá alto, apartando con la mano las espigas como una ondina que se abre espacio al través de las olas.

Durante ese tiempo, Desiderio murmura las conocidas estrofas:

Allez, allez, ô jeunes filles,
Cueillir des bleuets dans les blés.

(¡Oh niñas! ¡Corred, corred á coger azulejos en los trigales!)

—Mirad, mirad mis riquezas, dice Ethel cargada con una brazada de flores y acercándose á Desiderio.

El guarda silencio pensando, sin duda, que la flor más bonita no está en el ramo, y cierto rubor sube al rostro de Ethel. Se diría que ha adivinado el pensamiento del que la mira.

—¡Ah! Allá arriba diviso mi flor favorita: la clemátide silvestre. ¡Qué lástima que esté fuera de alcance!

—En efecto: cualquiera que tratase de escalar ese viejo trozo de pared en ruinas, correría mucho riesgo de romperse la cabeza.

Hablando, hablando, llegan al fin á la puerta de la baña. Ethel entra primero y ve una pobre vieja que llora sus desgracias.

—Tía Trouillis: mirad si no pienso en vos. Os traigo una hermosa señorita inglesa que viene en persona á saber noticias vuestras.

—¡Por Jesús! Bendita sea.

A una pregunta de Ethel, la buena mujer principia su relación, y no hay quien la haga callar. Desiderio sospecha que su modestia tendrá mucho que sufrir allí, y á pesar del placer seguro que se mezcla con este género de sufrimientos, abandona furtivamente la pieza.

La tía Trouillis cuenta, efectivamente, que cuando nadie se atrevía á acercarse á su cama para arrancarla á las llamas, Desiderio, á riesgo de ser sofocado por el humo, vuela en su socorro, penetra resueltamente hasta ella, la levanta y se la lleva como una pluma.

—¡Bondad divina! agrega. Ahí tenéis un joven como no hay otro en la tierra. Es bueno, es valeroso, es trabajador, mientras que los mozos de hoy no son generalmente más que unos ociosos y unos presumidos.

En ese momento entra Desiderio con el rostro animado, jadeante, llevando un montón de clemátides que deposita á los pies de Ethel.

—¡Qué veo! . . . ¿Es posible? Si admiro el valor que hace que se arriesgue la vida por salvar la de otro, estoy tentada de disgustarme por la locura que acabáis de hacer por satisfacer uno de mis caprichos.

—Olvidad la locura, señorita, y conservad solamente el recuerdo del loco.

Ethel alzó los ojos hacia él, y en seguida sus largas cejas bajaron como un velo sobre sus pupilas. Inclinándose hacia la tía Trouillis, estrecha entre las suyas sus manos descarnadas, la exhorta á la paciencia, á la confianza en Dios, y finalmente, le entrega varias monedas de oro.

—¡Gracias, ángel de bondad! Que el cielo os recompense, dijo la vieja con voz débil.

Al volver hacia el campo de la Encina Capitana, Desiderio y Ethel cambian pocas palabras, pero sí de cuando en

cuando sonrisas. Se diría que ambos temen traicionar un secreto ó perder un tesoro. Adrede caminan lentamente, como para retardar el tiempo y el momento de la separación.

Fue Ethel la primera en romper el silencio.

—Dentro de algunos días, dijo, habremos salido de Francia. Los deberes de mi padre lo llaman á su deanato. Quién sabe si volveremos alguna vez á vuestro hermoso país.

—Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere, dice el proverbio francés, contestó Desiderio.

—Pues bien: yo puedo decir: lo que la hija desea, el padre lo quiere.

Antes de que Ethel hubiera tenido tiempo de agregar una palabra, el deán, que estaba al alcance de la voz, interrumpió diciendo:

—Nunca has dicho mayor verdad, Ethel. No espero más que tu consentimiento para pedir los caballos.

Al hacer á su padre una significativa señal de cabeza, el rostro de Ethel cambió de color.

El momento de la separación había llegado.

Después de dirigir amables expresiones de gracias á Desiderio, el padre y la hija volvieron á subir á caballo. Ethel confió al sirviente su brazada de flores, pero el joven cultivador no dejó de notar que la hermosa amazona había sacado algunos ramos de clemátides y se los había puesto en un ojal de la chaqueta.

De nuevo los jinetes franquearon la barrera, y en breve desaparecieron tras una cortina de árboles.

Grave y pensativo, Desiderio mantuvo clavados los ojos en el camino que había seguido miss Ethel, como el navegante en la estrella que decide sus destinos.

En ese momento el sol baja majestuosamente al fondo del valle; las nubes dan un tinte rosado á la cima del bosque de Marly; se oye la zampoña del pastor, el cencerro de las vacas y el canto de los pájaros, esos huéspedes melodiosos de los bosques; de distancia en distancia los trabajadores caminan con paso lento y pesado, éste con un azadón á la espalda, aquél con un garfio, el otro con una pala. Siguen en hilera la carreta cargada de papas conducida por Desiderio. El sol estría la tierra con largas y finas rayas, mientras el recuerdo

de miss Ethel penetra como una flecha de oro en el corazón del joven campesino.

Por su parte la joven *miss* cabalga silenciosa y pensativa.

Al fin se dice interiormente:

—Nada en la vida de una mujer equivale tal vez á un sentimiento oculto y misterioso, tanto más inalterable, cuanto que no se gasta exteriormente, así como un perfume precioso encerrado en un vaso conserva su fuerza y resiste á la acción del tiempo.

III

A principios del mes de Noviembre atrae á Desiderio á París la apertura de los cursos de la Escuela de Derecho, y el campesino se metamorfosea en estudiante. Habita con su madre, en la calle Palatine, un departamento en una de las viejas casas que la implacable azada del albañil no ha sacrificado aún al trazo de una nueva vía.

La señora d'Aumel, de salud muy quebrantada desde hace tiempo, se ha vuelto forzosamente sedentaria. Sus salidas se limitan á atravesar la calle para ir á San Sulpicio, en donde pasa la mayor parte de sus días en oración. Únicamente ocupada en su salvación y en el porvenir de su hijo, repite sin cesar á Desiderio que el solo mérito de un joven no basta para asegurarle un hermoso estado social, sino que además necesita tener amigos y adquirir relaciones, palanca sin la cual los más inteligentes no pueden llegar á la cumbre.

Una de las casas en que Desiderio se muestra más asiduo es la de uno de sus antiguos profesores. El señor y la señora Devrage dan tertulias semanales en que la conversación, la música y la comedia ponen alternativamente á contribución el entusiasmo, el talento y las gracias de los convidados. El joven d'Aumel llega prontamente á ser el niño mimado de aquel escogido círculo.

Pero no hay apostolado sin Judas; así es que en la casa del profesor se ha deslizado la vizcondesa Dolbeska, de origen polaco, según dicen, viuda probablemente, mujer con prebenda quizá, intrigante de seguro, comedianta siempre. Constantemente en acecho de nuevas relaciones, era una de las muje-

res de mundo á quienes se encuentra en todas partes donde hay interés en ver, y sobre todo en ser vista. Es una fiel asistente á los cursos del Colegio de Francia, á las sesiones de la Cámara de Diputados, del Senado y del Instituto. La oficiosidad de los ujieres por conducirla á su asiento debía hacer suponer que tenía influjo con todas las celebridades del día.

Animada por la alta ambición de obtener una recompensa en la Academia, imaginó dirigir á M. Devrage, miembro del Instituto, un estudio sobre las entidades metafísicas, estudio en que abundaban las citas de Schopenhauer, Mateo Arnold y Renán. Sin añadir nueva luz á la sociología ó la psicología, ese trabajo sintético manifestaba, sin embargo, grande inteligencia, y M. Devrage dirigió á la autora una carta muy lisonjera.

La vizcondesa se apresuró á ir en persona á expresar su reconocimiento al ilustre profesor, y tan bien maniobró, que en breve fue contada en el número de los huéspedes más escogidos de aquel salón universitario. La vizcondesa había leído mucho, viajado mucho y retenido mucho. Su conversación era sustancial y espiritual á la vez. Teniendo en alto grado el arte de tomar un aire modesto, escuchaba como mujer aguerriada, sin dejar de hacer púdicos mimos, las relaciones de los escándalos mundanos, sin privarse ella misma de ajar un poco la moral.

Los hombres experimentados no se dejaban coger por sus manejos. Les parecía que la vizcondesa era una de esas mujeres fáciles cuya virtud es compatible con un poco de vicio. De un carácter hábil, atractivo, astuto, daba á cada cual golpes de incensario, sin olvidar el principio de que la caridad bien ordenada principia por sí mismo. Le gustaba hablar de política, y á creerla, recibía cada día de todos los rincones de Europa telegramas en clave, del mayor interés. En suma, estaba, como se dice, metida en todas partes. Se alababa de estar en las mejores relaciones con el alto clero, y á cada paso citaba á monseñor X. y al cardenal Z., y pretendía que desde el Vaticano la honraban consultándola respecto de las obras que debían inscribirse en el Índice. Hábil como el pajarero que coge las alondras con espejo, hacía brillar á los ojos

de los padres de familia su intimidad con tal ministro, su influencia con tal senador, con tal diputado, ó con los secretarios de Estado, y todos creían que era hacer el mayor servicio á sus hijos el colocarlos bajo la protección de aquella encumbrada y poderosa dama.

Había en su aire y en su actitud una elegancia exquisita y completamente personal. Las líneas de su rostro no eran de una regularidad perfecta, pero el conjunto tenía gran seducción. Sus ojos, según la expresión de un novelista célebre, parecían incendiar sus cejas. Pudiera ser que tuviese treinta y cinco años de edad, pero no parecía tener más de veinticinco.

Pronto arrojó la vizcondesa el anclote sobre Desiderio d'Aumel, como un pirata sobre la ribera que va á devastar. A fuerza de zalamerías supo hacerse seguir de él á todas partes como un perro. Su candor la divertía.

Desiderio se presentaba todos los días á las cinco, hora del te de la vizcondesa, y allí el encanto felino de la dueña de casa, sus salidas irónicas, el brillo fosforescente de su mirada y la extrañeza de su persona, explicaban mejor aún que el té-ámbar y los sandwiches de caviar la solicitud de los hombres por acudir á ella. Con frecuencia reclamaba el brazo de Desiderio para asistir á un ensayo general, á una primera representación ó á algún proceso escandaloso ó criminal.

Hemos omitido decir que la vizcondesa escribía en París el folletín musical de un diario fundado hacía poco por un político progresista, quien, no viendo más que decadencia en lo pasado, profesaba un entusiasmo sin límites por las sublimidades de la música por venir.

En su calidad de crítica, la vizcondesa hubo de trasladarse á Bayreuth para asistir á la audición de la trilogía de Wagner, así como los fieles se trasladan á Roma durante la semana santa para oír los cantos de la capilla Sixtina.

La víspera de su partida hizo á Desiderio la pregunta siguiente, alzando los ojos:

—¿Adivináis dónde estaréis dentro de tres días?

—¿En dónde queréis que esté?

—En Bayreuth, conmigo.

—¿Habéis resuelto volverme completamente loco? preguntó él mudando de color.

—¿Queréis decir con eso, replicó ella con sonrisa irónica, que la música de Wagner es capaz de hacer perder la razón?

—Nó; pero la música de vuestras entonaciones, la armonía de vuestras sonrisas, la expresión de vuestras miradas, bastan para hacerme enloquecer.... ¡Partir juntos, decís! Eso es abrir ante mis ojos....

—Responded sí ó nó, dijo ella interrumpiéndolo.

—Sí, mil veces sí, exclamó él precipitándose á sus pies. Un favor tan inesperado basta para iluminar una vida entera. Al fin puedo deciros todo lo que siento por vos, todo lo que quiero ser para vos, adorada mía, prosiguió él oprimiéndola con un prolongado abrazo y cubriendo de besos la frente que se había acercado á sus labios.

—¡Paciencia!.... ¿Quién sabe si alguna intervención no modifica vuestra actual resolución? dijo la vizcondesa.

—¿A qué hora partimos?

—Pasado mañana, por el expreso. Pero os espero esta noche.

Desiderio salió de casa de la vizcondesa como un hombre cuya razón se extravía. Atravesó el jardín de Luxemburgo lanzando en voz alta, á pesar suyo, exclamaciones incoherentes, caminando como si la velocidad de sus pasos hubiera de acortar el tiempo. Hubiera querido partir en el momento.

Entró en una avenida, y su paso rápido y alegre hacía rechinar la arena. Necesita aire libre, pero el aire ni lo refresca ni lo calma. Va y viene como una mariposa á la que cada flor aparta de su camino, ya atraída por la roja granada, ya por el blanco jazmín. ¿Quién sabe si la embalsamada brisa no lleva algún recuerdo á su corazón?

No debía tardar en recibir de la mano misma de la encantadora el veneno y el contraveneno, porque en la copa de toda voluptuosidad se encuentra la gota amarga que disipa la embriaguez.

Por la noche, cuando llegó á la calle de Astorg, lo introdujeron por primera vez á la biblioteca, iluminada simplemente por una lámpara cuya pantalla de encaje sobre un transparente rosado esparcía en la pieza una luz atenuada. La vizcondesa estaba sentada ante de un pupitre atestado de rollos de papeles atados con correas; sobre los divanes se veía es-

parcido gran número de diarios franceses y extranjeros; á su derecha se hallaban una fosforera, un cenicero, una bandeja de olivo y dos tazas de plata cincelada; á su izquierda chisporroteaba un *samowar*. Con los dedos cubiertos de anillos mantenía á distancia un cigarrillo de *latakieh*; de sus labios de rosa se escapaban ligeras espirales de humo que la envolvían en una nube vaporosa; la espesa cabellera rubia, destacando bien la nuca, estaba retenida en lo alto de la cabeza con una flecha de oro. Sobre la espalda, un broche indio que representaba dos garras de tigre en forma de media luna, retenía los amplios pliegues de una bata de casimir carmesí, y balanceaba nerviosamente los diminutos pies en unas pantuflas de terciopelo negro bordado de lentejuelas.

—Mi querido Desiderio, dijo, fijando en él una larga mirada; es necesario que tenga en vos una inmensa confianza para que os pida me hagáis el servicio siguiente. . . .

E interrumpiéndose un instante para observar la fisonomía de Desiderio, agregó:

—Hé aquí de lo que se trata: como, semejante á otra Mme. des Ursins, recojo sin parecerlo todos los informes útiles á los intereses que se me han confiado, he pensado en haceros redactar esta noche uno sobre la política interior de Francia y sobre el efectivo del ejército. Un extranjero amigo desea obtener por mi mediación esos datos confidenciales.

Al oír esas palabras, un sudor frío corre por la frente de Desiderio, sus piernas flaquean, palidece de una manera visible, y con voz estrangulada por la cólera, exclama:

—Pero el cerebro más obtuso comprendería que es una infamia la que me estáis proponiendo, señora. Estoy confundido con vuestra perversidad, oculta bajo tanta gracia. ¡Ah! El lazo ha sido hábilmente tendido. Después de haber hecho de mí vuestro esclavo, queréis hacerme vuestro cómplice. El amor bajo y vil puede prestarse á todo. Sin duda vos conocéis otro, pero en mí el desprecio mata el amor, así como en otros el remordimiento mata el sueño. Desde este momento os aborrezco. Rompamos.

La vizcondesa no era mujer para desarmarse por tan poco. Su mirada de gata parece lanzar un reto á Desiderio. Se inclina hacia él como lady Macbeth hacia su esposo cuando

quiere deslizar sus pérfidos consejos entre sus dulces besos. Con un movimiento flexible como el de la culebra, echa su brazo al rededor del cuello de Desiderio y le pone la pluma en la mano.

El, desprendiéndose de sus brazos con ademán brutal, toma la ofensiva, se pone de pies y exclama, rechazándola con ambas manos:

—¡Ah! ¡Esperáis vencer mi patriotismo y mi conciencia por medio de la fuerza de vuestras seducciones! Hé ahí el negocio que me proponíais. ¿No sabéis acaso que una paja en un anillo de hierro basta para romper una cadena aparentemente indestructible? El deber, la dignidad, el orgullo, me alejan para siempre de vuestro pandemonium, que hasta hace pocos instantes era aún el paraíso para mí. Adiós, señora.

Dicho esto, tomó el sombrero y se alejó.

Después de la partida de Desiderio, la vizcondesa va y viene en la pieza como una hiena en la jaula. Al fin se detiene, mueve la cabeza, hace una mueca y exclama:

—¡Bah! Conmigo no es tan fácil cantar victoria.

En ese momento su rostro está trastornado, y en su entrecejo se ha formado un pliegue amenazante. Vuelve á sentarse, toma de su pupitre una hoja de papel, de la que emana un perfume delicioso, y escribe las palabras siguientes:

“No sois más que un niño grande. Todo lo he olvidado. La política que la en adelante excluía de nuestras conversaciones. Cuento con vos mañana.”

Puso el pliego dentro de una cubierta que cerró con la cre rojo.

A la vista de esta misiva contaminada, Desiderio no vaciló en dar un gran golpe. Sin abrirla, la mete en otra cubierta en que escribe simplemente la dirección de la vizcondesa.

Al día siguiente, á las cinco y media de la tarde, la señora Dolbeska, vestida con traje de terciopelo negro, de pies junto á una mesa, sirve una taza de te á uno de sus íntimos. En el mismo instante le entregan una carta. Reconoce la letra de Desiderio, y cree saber lo que el pliego encierra. ¡Oh, alegría! ¡oh, felicidad! La victoria está ganada. El león, evidentemente, no desea sino venir de nuevo para hacerse cortar las uñas. Sin abrir la cubierta, la pone en el cinturón

ruso que oprime su talle esbelto y elegante, flexible como el junco.

Apenas ha salido su último visitante, se apresura á rasgar la cubierta. La dificultad que encuentra para sacar el contenido la sorprende.

De repente tiembla y palidece; sus ojos permanecen desmesuradamente abiertos. ¡Es su propia carta la que Desiderio le devuelve, sin haberla siquiera abierto!

Esta afrenta hace subir una rabia fría al corazón de la vizcondesa. Se jura á sí misma vengarse de M. d'Aumel. Persiguiéndolo con sus calumnias encarnizadas dará á su ruptura una apariencia completamente contraria á la verdad. Lo humillará, lo burlará, lo perseguirá sin piedad. La lima domina al hierro, el agua concluye al fin por horadar el mármol.

La ocasión de ejercer su venganza no tardó en presentarse á la señora Dolbeska. Uno de sus amigos vino un día á visitarla, y entrando sin ambages en el objeto de su visita, se explicó en estos términos:

—Querida vizcondesa: tengo que hablaros de un asunto que me interesa en el más alto grado. Uno de mis amigos, M. Devrage, tiene el proyecto de casar á mi hija con M. d'Aumel. En la frente de ese joven están pintados el honor y la inteligencia; pero la felicidad depende de muchas otras cosas más, y en primer lugar del carácter. Decidme, os lo ruego, lo que sepáis del suyo. ¿Qué tal es?

--Encantador.

—¿Y su género de vida? ¿y sus gustos?....

—Sus triunfos en la Escuela de Derecho harían creer que es un espíritu serio que no piensa más que en el trabajo y el deber; pero, puesto que me lo preguntáis, mi obligación es deciros que, á pesar de las apariencias, la mujer que se case con él se expondrá mucho.

—¡Dios mío! ¿Es posible?

—El que tomáis por hombre formal, amigo mío, es un asistente asiduo de los pasillos de la Opera, y la pendiente, como bien lo sabéis, es resbaladiza. ¡Ah! ¡qué de sermones no le he echado á ese respecto! Una vez hasta llegó el caso de que habiendo derrochado su peculio, me pidió cuatro mil francos destinados á pagar dulces, juguetes, monadas y convites á las

bailarinas. Con ese motivo lo reprendí tan seriamente, que desde entonces no ha vuelto á poner los pies en casa. En el porvenir Desiderio se morigerará tal vez, pero mientras tanto, el presente está lejos de ser tranquilizador. Una vez metido el brazo en ese engranaje, todo el cuerpo pasa.

—¿No estoy soñando? ¿Es precisamente de Desiderio d'Aumel de quien me habláis?

—Del mismo.

—Estoy estupefacto. ¡Dios de mi vida! Sin vos, querida vizcondesa, ¡qué suerte iba yo mismo á crear á mi pobre Cenobia! No se cómo daros las gracias por haberme abierto los ojos á tiempo.

En seguida, besando respetuosamente la mano de la que acababa de burlarlo con tanta impudencia, corre á casa de su amigo Devrage, adonde llega sofocado, y se arroja en un sillón limpiándose el sudor, que cae en gruesas gotas de su frente.

—¡Ah! ¡En qué avispero ibas á meternos! le dice. Acabo de saber muy lindas cosas tocante á tu protegido.

—¿Qué? ¡Vámos! Respondo de él como de mí mismo.

—Desgraciadamente no te haces mucho favor que digamos. Tan cierto como que estás ahí, no eres más que un necio en creer que ese mocito pasa la vida encorvado sobre sus libros, hojeando el Digesto y aprendiendo de memoria el Código y sus fuentes. Nó, amigo mío, nó. No es esclavo tan sumiso de Témis para no hacer también sacrificios á Terpsícore. (Este buen hombre tenía debilidad por la metáfora). A fin de que no lo ignores, te diré que es uno de los pilares del escenario de la Opera. Entrado en ese templo como un cordero en un corral de zorros, se ha hecho comer de la mejor manera posible. ¡Que se haya podido burlar así de tu credulidad!... ¡Que te hayas dejado engañar hasta ese punto!... Es incomprensible. En vano mueves los brazos: lo que acabas de oír es la pura verdad. Ahora yá sabes á qué atenerte, y yo también. No hablemos más del asunto.

—Estoy anonadado. Al fin y al cabo, supongamos que no te he dicho nada. Hubiera metido mis manos al fuego en seguridad de que ese casamiento debía hacer la felicidad de tu hija; pero, en fin, dime: ¿á qué puerta has golpeado para obtener esos informes?

—Tu sabes que en semejante conjetura es costumbre ocultar el origen. Todo lo que puedo decirte es que los tengo de boca de una mujer,

—¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¡las mujeres!.... Ellas dicen lo que quieren, pero sus palabras no resisten á un examen serio más que lo que resiste á los rayos del sol una tela mal teñida. Míra; no por eso quedo menos convencido de que si se llegase al fondo de las cosas, Desiderio resultaría inocente.

Y como obedeciendo á una inspiración súbita, añadió:

—Pero.... ¡ah! ¡yá lo adivino!.... Apuesto la cabeza que ha sido tu buena amiga la vizcondesa Dolbeska, la austera matrona, la astuta política, la literata presumida, quien se habrá vengado de la indiferencia de Desiderio, devanando ante ti el negro y retorcido hilo de sus calumnias. Desde que sé á qué atenerme respecto de esa aventurera, me esfuerzo por mantenerla á distancia por todos los medios profilácticos. Me acabas de decir que yo era un necio; pero

Le plus sot des deux n'est pas celui qu'on pense.

(El más tonto de los dos no es el que se cree). Siempre sienta mal á un hombre comprometer la reputación de una mujer. Sin embargo, puesto que las cosas han llegado á ese extremo, te diré, dirigiéndome á tu honor: esa mujer es una bribona; y á tu patriotismo: es una espía. Todo es mentira en esa mujer, principiando por su nombre. Hija de un cocinero, demasiado ligada con un agente consular muerto hace algún tiempo, en la secretaría de Negocios Extranjeros han notado que comía á dos carrillos, pidiendo aquí socorros de los fondos secretos y en el Extranjero sumas considerables por divulgar lo que sabe de los asuntos de nuestro país; pero ha concluído por enredarse en sus propias redes. Sus mentiras han sido descubiertas, y ahora se trata de invitarla á pasar lo más pronto la frontera.

—¡Bah! exclamó el presunto suegro inflando sus carrillos á pique de hacerlos estallar; ¡ay, hijo! ¡qué villana cocina es la vida!

—Sin sospecharlo, estás citando á mi autor favorito. Eso es ni más ni menos que de Alfredo de Musset.

—No me importa un ardite tu Alfredo de Musset. Lo que me preocupa es mi hija, y por más que digas, por más que ha-

gas, fíjate bien: puedes largar tu gallo, pero yo encierro mi paloma.

Y los dos antiguos camaradas se separaron no menos amigos que antes.

IV

Después de esta aventura, la señora Dolbeska no permaneció mucho tiempo en París. Aunque Montaigne haya dicho que la policía femenina tiene un procedimiento misterioso, no se tardó en separar lo verdadero de lo falso, y en vista de un aviso oficioso del ministerio de Negocios Extranjeros, hubo de abandonar la plaza sin tambores ni trompetas.

Ese invierno estuvo Desiderio tanto más absorbido en sus trabajos, cuanto que tenía menos disipado el espíritu. El desprecio que le inspiraba la tal vizcondesa concluyó por arrancarla para siempre de su corazón; de modo que se sentía renacer. Dominado de nuevo con frenesí por sus aspiraciones campestres, como á fines de Julio decía, imitando á un viejo general en vísperas de que le atravesaran la oreja, que no pensaba sino en ir á plantar coles.

El día de su llegada á la Muleterie, su tía, en cuanto lo hubo divisado, exclamó como en el cuento de Pulgarcito:

—¡Jesús! ¡Qué cambiado estás!....

—¡Qué queréis, tía! Cuando uno lleva el bonete de doctor no debe usar los cabellos cortos y los bigotes retorcidos del subteniente.

Una vez llegado á ese pacífico centro, la memoria de Desiderio despertó. Una atracción irresistible lo llevaba á los lugares embellecidos por la presencia de miss Elsewere, hacia el sitio en que se hablaron por la primera vez, hacia el sendero bordado de flores que juntos habían recorrido, hacia el campo donde se habían dicho adiós. Todo eso flotaba ante sus ojos como una rosada nube, y poco á poco la planicie y los bosques, el cielo luminoso y la brisa embalsamada lo inflamaron más y más por la graciosa aparición, cuyo recuerdo encerraba para él tesoros de felicidad.

Hacía apenas tres semanas que Desiderio estaba en la Muleterie, cuando recibió una carta de su mejor amigo, el

conde Arturo d'Antac, Secretario de Embajada en Londres, quien le recordaba su promesa de asistir á su matrimonio, fijado para el 1.º de Septiembre. La novia tenía uno de los más hermosos apellidos del barrio Saint-Germain. Su padre, á pesar de sus diez y ocho cuarteles de nobleza, no dejaba por eso de servir á la república en calidad de ministro plenipotenciario, habituado como estaba, y sucediera lo que sucediera, á girar en el círculo de la diplomacia como un caballo de circo.

Con ocasión del casamiento de su hija, dio una fiesta en el jardín de su casa, calle de Varennes. Una hilera de cinco salones se abría de lleno sobre un vasto jardín. Una orquesta de tziganes, instalada en el césped, tocaba con entusiasmo arrebatador y endiablado *czardas* y marchas.

M. d'Antac presenta á su amigo M. d'Aumel, primero á su desposada y en seguida á un enjambre de señoritas inglesas, en medio de las cuales domina, por derecho de hermosura y de gracia, la bella del Bosquecillo del Rey.

A su vista, Desiderio apenas puede reprimir la emoción que experimenta. Sus arterias laten con violencia.

Ethel lleva un traje de muselina blanca bordada de florecillas. Un ramillete de clemátides se ostenta en su cinturón de seda color rosado y azul pálido. Se diría que es un modelo de Kate Greenaway.

A poco la orquesta deja oír los primeros compases de la marcha de *Los Desposorios* de Mendelssohn. Jóvenes y niñas son invitados á formar cortejo á los novios. Desiderio se apresura á ofrecer la mano á miss Ethel, que no reconoce absolutamente en su elegante compañero al campesino de Seine-et-Oise.

Después de haber recorrido cadenciosamente las sinuosas avenidas, se detienen en el comedor, donde, so pretexto de tomar algo, permanecen un instante conversando, mariposeando y divirtiéndose. Sin demostrar su intención, Desiderio dirige hábilmente la conversación hacia los viajes, y pregunta á miss Ethel cuál país prefiere de todos los que ha recorrido.

—Francia, responde ella.

—¿Y en ella qué os gusta más, señorita? ¿Las montañas ó los bosques?

—Los bosques. Yá hemos pasado un año en los Arden-

nes; pero por más hermosos que sean sus bosques, me disgusta en sus nebulosas profundidades la uniformidad de los tintes. Hay otros de aspecto más risueño, menos sombrío, y prefiero esos.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Los de Fontainebleau, de Saint-Germain, y, sobre todo, el bosque de Marly.

—¿Realmente?

—Chateaubriand, á quien yo compararía con nuestro Ruskin, hace de él descripciones que desde tiempo atrás me daban un vivo deseo de conocer sus bellezas. Pero sólo el año pasado pude realizar ese proyecto.

—¿Y la realidad justificó vuestras esperanzas?

—Y aun las sobrepujó. ¡Es tan linda comarca! Hice allí numerosos croquis. En Marly-le-Roi dibujé lo que queda del castillo de los Doce Pabellones; en la Estrella Real la mesa de piedra sombreada por encinas seculares, que servía de cita para las cacerías reales.

—¿Y qué más?

—Sitios encantadores, que se destacan como un detalle minúsculo, pero no sin importancia, del gran cuadro de la naturaleza, entre otros la fuente del Bosquecillo del Rey. De ésta hice primero un dibujo, después un bosquejo, y por fin una acuarela, que miro siempre con placer y.... con pena.

—¿Entra en vuestros proyectos volver allá este año? preguntó Desiderio con acento ligeramente conmovido.

—¡Ay! ¡nó! Después de la ceremonia del casamiento de M. d'Antac, partiremos para el cantón de Appenzel, adonde mi padre, por su salud, tiene que ir á tomar leche.

Al llevar á miss Ethel á su asiento, Desiderio saluda á Mr. Elsewhere, á cuyos ojos queda tan completamente desconocido como á los de su hija. ¿Cómo aquel joven parisiense, de maneras distinguidas, hubiera podido recordarles un rústico cultivador que asistía á los trabajos de los campos? ¿Cómo creer que es un mismo individuo, cuando está incognoscible por su larga barba, por su elegante cabellera, y también por el apellido d'Aumel que el deán y Ethel acaban de oír por primera vez? Sin duda que otros lo hubieran reconocido por la voz, porque por ese lado la personalidad es inalterable;

pero los extranjeros no pueden apreciar como nosotros las entonaciones peculiares de cada cual.

Durante ocho días los preliminares del casamiento ofrecen á Desiderio d'Aumel y á miss Elsewhere la ocasión de verse con frecuencia. Arturo d'Antac ruega á la última que haga, en compañía de M. d'Aumel, la colecta en Santa Clotilde.

Orgullosa y feliz con el honor que le toca, Desiderio encarga para el gran día á la casa de Roseau un ramillete compuesto de gardenias y clemátides. Al recibirlo, Ethel siente que su rostro se colora ligeramente. En seguida, en el momento en que todos se despiden de los recién casados, miss Elsewhere saluda graciosamente á Desiderio, y al mismo tiempo que le reitera sus agradecimientos, añade, fijando en él sus aterciopelados ojos:

—Se diría realmente, caballero, que habéis adivinado que la clemátide es mi flor favorita.

V

De vuelta de Appenzel, es decir, hacia mediados de Octubre, Mr. Elsewhere y su hija encuentran en París á M. y Mme. d'Antac, con quienes se han dado cita para hacer la travesía de Calés á Dover. El conde y la condesa llevan á Ethel al Teatro Francés, pues si el deán no se permite ningún espectáculo, en cambio no los prohíbe á su hija.

Antes de alejarse de París, la señora d'Antac, alegre como lo es uno á los veinte años, pide á su marido que la lleve al *Monde où l'on s'ennuie*. Educada por una madre muy severa, que con santa obstinación había rehusado este placer á su hija, ésta se prometió tomar más tarde el desquite.

M. d'Aumel está en la orquesta. Durante un entreacto los dos amigos se encuentran, y Arturo les dice que están en un palco bajo con su mujer y miss Elsewhere.

M. d'Aumel se apresura á ir á saludar á aquellas señoras, que le hacen la mejor acogida. Se habla de la pieza y de los actores. Ethel se divierte sobre todo con la manera como la señorita Broisat desempeña el papel de la institutriz inglesa.

En el palco hay un asiento desocupado. Lo ofrecen á Desiderio, y éste acepta con el mayor placer.

Habiendo ido al teatro por distraerse, se ve pronto tan distraído del teatro por la presencia de Ethel, que cuando la señora d'Antac le pregunta cómo encuentra á la señorita Reichemberg, él le responde:

—Es á Inglaterra donde debe írsela á buscar.

—¿Qué estáis diciendo? pregunta la señora d'Antac sonriendo. Decidnos, os lo ruego, lo que es preciso ir á buscar á Inglaterra.

—La felicidad, responde él en voz baja, pero no tanto que Ethel deje de oírlo.

—Pero no contestáis á mi pregunta, repuso la condesa con tono de ligera burla.

Ethel, notando que Desiderio buscaba en vano una escapatoria, se apresuró á acudir en su socorro diciendo:

—Agujas de Leeds, de la cuchillería de Sheffield.

—Pero sin buscarla se encuentra allí también la niebla, repuso Arturo d'Antac.

—¡Ah, querido! ¿Acaso el hombre no está en todas partes rodeado por la niebla de sus ilusiones? Ellas lo circundan, ya con sus alas negras, ya con sus alas rosadas, capa pintarrajeada de temores y de esperanzas, tejido de lino ó de púrpura, que tiene, ó la pesadez de la cota de malla, ó la liviandad del ala de la mariposa.

—¡Diantre! ¡Qué en vena de poesía estás! Nunca te había conocido esa disposición de espíritu.

—Yo mismo no me conozco. A quien debe echarse la culpa es á la musa, que ejerce su encanto sin que uno lo sepa. Uno yá no se pertenece. Bajo su influencia el filósofo se hace soñador, el prosador poeta y el legista loco.

—Conozco, en efecto, legistas que deliran, repuso maliciosamente la señora d'Antac, divirtiéndose más aún con la escena que pasaba en su palco, que con la que se representaba en el teatro.

En esto se alzó la cortina y se restableció el silencio. En seguida, terminada la pieza, y en el momento de separarse, Desiderio pidió á miss Ethel permiso para ir á presentarle sus homenajes antes de su partida.

Vuelve á la calle Palatine. A la idea de separarse de la que ama, toma la resolución de confesarle su amor y de pedir su mano.

Llega al día siguiente al hotel Maurice, dominado por la mayor exaltación.

Al notar el aire turbado y la palidez del visitante, miss Elsewhere se le acerca con paso presuroso diciéndole:

—¿Estáis acaso enfermo, señor d'Aumel? Tomad este asiento junto á mí, y hablemos. Pero.... ¿qué tenéis? ¿Os habría acaso agraviado anoche sin quererlo? ¿Os he herido con alguna palabra aturdida é involuntaria? De seguro que tenéis algún disgusto, y temo ser yo la causa. ¡Cómo! ¿No me respondéis? Por favor, explicáos, agregó, mirándole cara á cara con aire dulce é interrogador.

—No os pronunciaré largos discursos, miss Ethel, pero no puedo dejaros partir sin abriros mi corazón, sin deciros que os amo, que os adoro; que veros es la dicha de mis ojos; que oíros es la alegría de mis oídos. ¿Qué más podré deciros? Antes de conoceros era yo un hombre serio, y yá no puedo ni abrir un libro; tenía una naturaleza tranquila, y hoy soy presa de una exaltación febril. Todo lo que es hermoso me parece refléjar vuestra hermosura: los lirios en su pureza, las estrellas en su blancura.

—¡Señor d'Aumel!.... ¡señor d'Aumel!....

—Siendo tan buena como hermosa, me perdonaréis, lo espero, que me atreva á elevarme hasta vos pidiéndoos vuestra mano.

—¡Ah! Me ponéis en la más cruel perplejidad. Las cosas que acabáis de decirme me causan á la vez placer y pena. Pena, porque no puedo cumplir vuestros deseos, y placer, porque para mí es muy dulce ver que me amáis. Vuestra petición, por más inútil que sea, no me conmueve menos profundamente. A mi simpatía, que desde hace tiempo habéis conquistado, va á agregarse mi reconocimiento.

—¡Ah! ¡qué desgraciado soy! Acabáis de decir que lo que sufro os causa compasión, y sin embargo me destrozáis el alma. Había creído que me mirabais con bondad; había creído anoche, al separarme de vos, que vuestra mano temblaba en la mía; había creído.... pero no soy más que un demente á quien vuestra hermosura ha deslumbrado hasta hacerle perder la razón. Os amo más que á mi vida, y sin embargo no significo nada en vuestra existencia! Perdonadme

este sueño de un día, que se lleva consigo la alegría de mi juventud, la esperanza de mi porvenir, el reposo de mis días.

Esta conversación fue interrumpida por Mr. Elsewhere. Se excusó por no haber podido presentarse más pronto á causa de un recargo de trabajo, como sucede siempre en el momento de una partida. Por su parte Desiderio, lívido como un espectro, expresó al deán su sentimiento por no poder quedarse más tiempo, y se despide del padre y de la hija.

—¡Qué pálido y abatido estaba M. d'Aumel! dice el deán con aire sorprendido. ¿No lo notaste como yo, Ethel?

—Sí, padre mío.

—Hubiera querido pedirle noticias de su salud, pero no me dio tiempo para ello. ¿Estaría enfermo?

—No me lo ha dicho.

—¡Pobre joven! ¡Qué cara de desgraciado tiene!

—No habiendo tenido nunca nada oculto para vos, padre mío, sabed que soy yo la responsable del pesar y de la emoción de M. d'Aumel.

—¿Cómo así?

—Me pidió mi mano, y yo no pude acceder á sus deseos.

—¿Es posible?.... ¿No te gusta entonces?

—Sí, me gusta mucho.

—¿Sería una objeción su nacionalidad?

—De ninguna manera.

—¿Tendríais yá empeñada tu palabra?

—Nó, padre mío.

—¿Tu corazón está todavía libre?

—Mentiría si dijese que lo está.

—¿Puedo yo conocer el nombre de aquel á quien amas?

—Para eso sería necesario saberlo, y yo no lo sé.

—En conciencia, si la cosa no fuese tan seria, creería que te burlabas. Expíciate, Ethel: te excito á ello.

—¿Para qué, padre mío? Es probable que el hombre á quien amo no me ame, y estoy segura de que vos no aprobaríais mi elección.

—¡Cielos! ¿Qué quieres decir? ¿Se trata de algún israelita, de algún histrión, de algún zulú ó de algún chimpancé?

—Nada de eso, sino de un simple campesino. ¿Os acordáis del cultivador que vimos el año pasado al ir al Bosquecillo del Rey?

—Perfectamente.

—Pues bien: puesto que queréis saberlo, ese es el hombre á quien amo y á quien amaré siempre.

—¿Realmente? ¿Es posible?

—Sí.

—¿Y por esa razón has rechazado á M. Desiderio d'Aumel?

—Únicamente. Y quizá no hubiera sido insensible á su amor si lo hubiera conocido antes de encontrar al hermoso labrador de Seine-et-Oise; pero, dadas las circunstancias, permaneceré fiel al desconocido á quien amo. Tal es, padre mío, la verdad. Esta noche me siento un poco fatigada. Os pido que me permitáis retirarme temprano á mi cuarto. Adiós, padre mío; hasta mañana.

Para terminar el día, Mr. Elsewhere dirige sus pasos hacia el terrado de la ribera, y la primera persona que encuentra allí es á Desiderio d'Aumel.

El deán, acercándose á él con bondad, le dice:

—Joven: conozco ahora la causa de vuestros pesares. Sé el honor que habíais hecho á mi hija. Por ella misma supe que había rechazado vuestra proposición. Lo siento, pero no puedo hacer nada, absolutamente nada, porque ella ama á otro. Hé ahí lo que acabo de saber, y no os oculto que estoy consternado por ello. Hace un año, estando en Francia, encontramos en Seine-et-Oise un campesino joven, hermoso y de buena presencia. Subía lentamente una barranca y caminaba como meditando. Habiéndole preguntado por el camino del Bosquecillo del Rey, se ofreció á llevarnos allá. Su físico notable, sus maneras seductoras, su amabilidad hicieron desde luego profunda impresión en mi hija. Además, habiendo sabido Ethel, por efecto de la casualidad, cómo, á riesgo de su vida, había arrancado de las llamas á una pobre vieja, esa circunstancia acabó de inflamar el corazón de mi hija. Yá sabéis que el heroísmo es el mejor talismán para atraerse el corazón de una mujer. En suma, lo ama, y esa es la causa por que se niega á recibir vuestros homenajes.

Al oír estas palabras, Desiderio se precipita en los brazos de Mr. Elsewhere y exclama:

—¡Ah! ¡no podéis adivinar lo que pasa por mí en este momento! Mi frente arde, mi cabeza estalla....

—Calmáos, joven; calmáos; vuestro estado me asusta.

—A nombre de todo lo que hay de más querido para vos, á nombre de miss Ethel, no me rehuséis la última esperanza de salvación que se presenta á mi espíritu. Desde hace un año ¡cuántas cosas no han podido pasar! ¿Quién sabe si mi rival, el agricultor de Seine-et-Oise, ha sido reclutado para el servicio militar? ¿Quién sabe si ha partido para Tonkin y muerto en campaña? ¿Quién sabe si es feliz esposo y padre de familia? En caso que fuese así, ¿no se dejaría convencer miss Ethel, consintiendo en revocar su decisión?

—Por mi parte sería muy feliz de que sucediese así. Pero ¿qué hacer?

—La cosa es muy sencilla, y la prueba muy fácil de intentar. Hé aquí lo que yo os aconsejaría: íd con miss Ethel á inquirir si el que ha tenido la dicha de agradarle está aún en este mundo. Con este fin debeis trasladaros al Bosquecillo del Rey, en donde la primera persona que encontréis en el camino, no dejará de daros los informes que deseáis obtener. Siempre es más fácil hacerlo de viva voz.

—Espero que mi hija no se opondrá á este plan, y mañana por la mañana nos pondremos en camino. Partiremos para Versalles á medio día, de modo que podamos tomar en la noche el tren de regreso.

—Cuento con que me escribiréis, señor, para comunicarme mi sentencia de vida ó muerte.

—Mientras tanto, joven, tened paciencia y armáos de valor, como decía David á Salomón.

El deán se separó de Desiderio después de haber estrechado sus manos entre las suyas.

VI

Ethel aceptó con gusto el plan de su padre; aceptó la idea de tentar la prueba del Bosquecillo del Rey, como antes se sufría la del fuego y del agua para probar la fe.

Un tren expreso los condujo á Versalles. Metida en un rincón del carro, Ethel se ha sentado contra el viento. Sus grandes ojos azules permanecen soñadores y fijos. No con-

templa, ni á París formidable y radiante, en donde brilla como el oro la cúpula de los Inválidos, ni la mescolanza de los bosques y de las casas, ni el vallecillo que se abre, ni el collado que surge.

Una vez en Versalles, Mr. Elsewhere llama al cochero de una calesa abierta y entra en arreglos con él para hacerse conducir á Villepreux. El vehículo, con su caballo despeado, es uno de esos viejos carromatos de que Versalles, guardián celoso de todo lo vetusto, parece tener el monopolio. El cochero, hombre de edad, regordete, de faz rubicunda, ha envejecido manejando los arneses. Se alaba de haber sido cochero de Carlos X, creyendo sin duda provocar de ese modo la generosidad de los pasajeros.

En efecto: un cochero que ha sabido permanecer en su asiento más tiempo que un rey en el carro del Estado, debe tener derecho á una buena gratificación.

Mientras caminan, Mr. Elsewhere recomienda á su automedonte que tome el camino más corto, porque el tiempo lo apremia.

El carruaje, con sus resortes fatigados, al rodar sobre el pavimento hace resonar los muelles mientras los viajeros saltan en los cojines como arvejas en un tambor.

De ese modo es imposible toda conversación entre el padre y la hija.

Ambos hacen á pie la larga ruta montuosa que conduce de Villepreux á Saint-Nom. El día es hermoso y tranquilo; el cielo y el sol sonríen á la tierra; el campo está solitario; una débil brisa agita ligeramente las hojas.

Delante de ellos, por la vertiente opuesta, llega un campesino montado en un caballo normando y con un gran látigo en torno del cuello. Un hermoso Saint-Germain ladra y brinca en torno de su amo.

Ethel ha visto al campesino y cree reconocer en él al del año pasado. Su corazón late con violencia. Sus ojos no se apartan de su gallarda figura.

Pero á medida que se acerca, una especie de duplicación parece irse efectuando poco á poco en el jinete. Es sin duda el campesino; pero su cuerpo, su talle, su rostro, le recuerdan á Desiderio.

De repente ¡oh estupefacción! ¡oh alegría suprema! Ethel lanza un grito: ha reconocido á Desiderio d'Aumel. Este salta de su caballo, sus ojos brillan, su fisonomía está radiante de felicidad. Se arroja á los pies de miss Elsewhere, le coge las dos manos, y ella las abandona, sin resistencia, á sus besos.

—¡Cómo! ¿Conque sois vos el señor d'Aumel?

—Yo mismo, campesino en el verano, parisiense en el invierno, pero no teniendo entre los dos más que un corazón para amaros.

En presencia de este espectáculo, el deán, que sacaba de cada capítulo de las Sagradas Escrituras una moral alentadora, dijo, dirigiéndose á los jóvenes:

—El sabio nos dice que Dios mismo preside á la suerte, y que lo que más parece un efecto de la casualidad es conducido por la Providencia y ordenado por su voluntad. Alegrémonos, pues, en el Señor.

—Espero que no os negaréis, agrega Desiderio, á venir á festejar en nuestro *home* este feliz día y á celebrar nuestros desposorios á los ojos de mi madre y de mi tía, reunidas en este momento en nuestra rústica casa. Sé que serán demasiado felices en ratificar mi elección.

Desde entonces todos los obstáculos quedan allanados, todas las dificultades vencidas, todas las dudas aclaradas. Ethel y Desiderio no tienen más que dejarse arrastrar por la expansión de su alegría. Todo brilla en torno suyo, todo canta en su alma; es la embriaguez, es el amor.

Se llega á la Muleterie, en donde se hacen las presentaciones. Lágrimas de alegría llenan los ojos de la madre y de la tía.

Todo se explica.

La señorita d'Aumel, con su impetuosidad acostumbrada, intima á su sobrino que presente la fotografía que guarda tan preciosamente sobre su corazón. Con estupefacción general, Desiderio saca de su bolsillo el álbum de tela gris. Inútil es agregar que este abuso de confianza le es pronto perdonado.

La señorita d'Aumel propone al deán romper juntos el pan, é invita á sus huéspedes á pasar al comedor.

La mesa está cargada de frutas y de flores, y mientras los

convidados se sirven el vino de Champagne, el talento y la alegría chispean á competencia. En seguida todos, de común acuerdo, se dirigen al Bosquecillo del Rey. La alegría de los novios desborda como un torrente que ha concluído por derribar sus diques.

Viendo desde lejos á Ethel del brazo de Desiderio, quien inclinado á su oído parece dirigirle dulces palabras, la señorita d'Aumel dice, dirigiéndose al deán:

—¡Cuando se piensa que la felicidad de esos dos niños no ha dependido sino del grueso de un cabello!....

FIN.

LA LUCHA POR LA VIDA

La ciudad más simpática que haya conocido nunca, sin vacilación, sin duda alguna, declaro que es Madrid.

Yo he viajado bastante. Conozco muchas ciudades importantes y afamadas, y de ninguna de ellas he sacado impresiones tan singularmente íntimas y gratas como las que recontaba mi mente la noche misma en que salí de Madrid, de viaje para Andalucía.

Mi excursión á España fue una casualidad muy afortunada. Yo no quería á los españoles, y había dado en considerarlos sólo al través de discursos de 20 de Julio é inflamado del mismo santo furor que supongo hubieran producido en mí si hubiera estado enfrente de ellos en Matalamiel ó Bomboná.

Nación atrasada de toreros y manolas, sin hoteles, ni ferrocarriles, patria de Boves y Warleta, de Rosete y Morillo.... ¡Ah! ¡Cuánto entusiasmo producía en mí la frasecita de Luis XIV, de que “El Africa comienza en los Pirineos!”

Por otra parte, había estado mucho tiempo en Inglaterra, algunos inviernos en París, y en medio de esa atmósfera, que creía la única verdaderamente civilizada, parecíame vulgar tener curiosidad siquiera de conocer á España.

Así pues, como la vida europea exige cambios, cuando pasaba la estación y era necesario dejar á Londres ó París

para viajar como todo el mundo, me hubiera creído deshonorado si no hubiera dirigido mis pasos á algún país sajón ó cualquier región al Norte, que era el colmo de la elegancia y de la distinción.

Un viaje á Dinamarca, á Suecia y Noruega; subir el Rhin, bajar el Elba, cruzar el Wener, el Weter y el Melar; atravesar la Selva Negra, visitar la Universidad de Heidelberg y las fortalezas de Maguncia, eso sí es elegante, me decía, y muy instructivo, por añadidura.

Muchos viajes hice de esos, y aunque un día caí en la cuenta de que eran muy aburridos, me confortaba la idea de que por lo menos estaba entre gente seria, sin familiaridad alguna; de que, acostumbrado como estaba á la prosopopeya inglesa, ningún riesgo corría, entre holandeses y súbditos de Mecklemburgo Strelitz, de que alguno de ellos se tomara la libertad de dirigirme la palabra.

Por otra parte, todos dicen que con viajar se adquiere *mundo*, y aunque yo no notara que mi caudal de aquella cualidad impalpable se aumentara con mis viajes en cosa que se echara de ver, cada vez que hacía algún disparate ó me atolondraba un poco, me iba á tomar billete para cualquier ferrocarril que condujera á alguna catedral gótica ó un castillo feudal cuyas almenas estuviesen suficientemente derruidas, con la vaga esperanza de que esas ojivas y esos puentes levadizos me dieran el aspecto de un hombre de mundo.

—¡Qué sabroso sería, decía para mis adentros tomando el tren de Stuttgard para Augsburgo, si al volver á mi tierra tuviera un aire de Lord Palmerston, indiferente, bien aburrido, sin más entusiasmo que el de afeitarme, ni más culto que el de mi propia persona, sin necesitar nunca cambiar con nadie una idea, y bastándome por toda expansión la de un eterno *tête a tête* conmigo mismo, ó un éxtasis supremo ante cualquier maravilla de la naturaleza!

Por desgracia ¡qué carácter el mío tan rudo para inglés! Es estar solo, y me muero de ganas de cualquier especie de auditorio al cual narrarle un episodio de alguna de las épocas de mi vida. Y lo que es abstenerme de manifestar al vecino ó compañero mi manera de juzgar las cosas y costumbres y acontecimientos por falta de fórmulas de presentación

previa, declaro que lo he hecho á veces, pero que Dios me lo tendrá en cuenta en pago de mis muchas culpas y pecados.

No hablemos, por supuesto, de la naturaleza, á la cual mal haya la gracia que le he encontrado nunca. Jamás me he tardado en contemplar el Niágara ni el Monte Blanco la octava parte del tiempo que consagro á la carita más insignificante que pase por la calle, ni me produce el Lago de los Cuatro Cantones ó el Etna, una impresión que pueda compararse á la que me causa el más ramplón tenor de pacotilla.

Pero eso era justamente el objetivo que tenía en mira al tratar de adquirir el mundo que da el contacto con la gente seria.—¿Qué hago para no ser tan expansivo y tan conversador y tan impresionable? era mi eterna preocupación. ¡Ah! si un viajecito á Finlandia, que era lo más boreal que me faltaba, me curara de estos vicios latinos, ¡qué miedo habrían de darme trineos ni osos blancos ni rengíferos!

Y pensaba en hacerlo, ó en quedarme cuatro años entre Hanover y la Pomerania Sueca, estudiando la lengua nativa, cuando un amigo mío y excelente compañero de viaje vino á proponerme el de España. ¡Calcúlese el contraste!

No lo pensé, que si lo hubiera pensado ni habría ido ni tendría tema para borrar estas confidencias, sino que acepté aturdidamente, y en marcha!

—Voy á perder el fruto de años de estudio y de ayuno, pensé, y probablemente jamás llegaré á ser de veras hombre de mundo. Pero, en fin, este es un asueto de días, porque no todo ha de ser rigor, y á la vuelta me pondré de nuevo el corsé y los botines apretados. Pero por ahora estas son vacaciones, y ¡viva la libertad!

Así nos fuimos, sintiendo yo no sé qué placer misteriosamente indefinible cuando el tren atravesaba las llanuras girondinas. Yendo en tren de noche, tanto debía valer estar caminando de Chicago á Búfalo, como del Cairo á Alejandría, y sin embargo no es así.

Algo hay en la atmósfera de diferente, según la tierra que cruzamos, que nos asimila á su historia, á sus recuerdos, á las impresiones que su nombre hace vibrar en nuestra alma. Nos dormimos con ellas bien tarde de la noche y con la siempre desagradable perspectiva de tener que levantarnos momentos después para pasar la aduana de la frontera española.

Aquí comienza mi cuento. Ir de Francia, una tierra tan nuestra, tan simpática, á España, parece que no hubiera de ser un gran cambio, tanto menos para personas que por haber vivido mucho entre franceses y por haberse alimentado casi exclusivamente de su literatura, como pasa á los suramericanos, no se creen extranjeros en suelo ni en idioma francés. Pero qué impresión tan musical, á pesar de eso, produjeron en mi alma las palabras del guarda español que me despertó para que sacara mi equipaje!

¡Qué perfume de patria, qué ideas de cosas íntimas y mías brotaron en mi espíritu con aquella deliciosa algarabía de quienes, creyendo ser severos al buscar en mis maletas el tabaco prohibido, inundaban mi alma de armonías con frases que eran un recuerdo, con acentos que me representaban todo lo querido y todo lo ausente y todo lo pasado!

—¡Qué delicia oír español! dijo una voz detrás de mí; y no apoyé calurosamente tan justa apreciación de la señora que la enunció, porque se me rebotó aun la reminiscencia de mis fórmulas inglesas y del propósito formado de no transigir con ninguna familiaridad de mal gusto.

Nos examinaron el equipaje, y no nos encontraron nada prohibido. Verdad es que no tenían anteojos para las intenciones, y por eso dejaron entrar la mía de encontrarlo todo malo en esa tierra atrasada, adonde no ha penetrado aún la luz de la verdadera civilización.

* * *

La primera ciudad española que ve el viajero que entra por los Pirineos, es la más fea. Burgos, semejante á un inmenso monasterio, triste como todo lo que declina, callada para todo el que al entrar en ella no viva del pasado, realizó la idea que yo tenía de toda España.

Pero ¡qué impresión tan amiga, tan simpática, recuerdo que recibí, cuando al preguntar en la estación cuál era el mejor hotel, me dijeron, sin un momento de vacilación: “La fonda de D.^a Rafaela”!

—Válgame Dios, por supuesto. Al fin descansamos del *Gran Hotel de Albión* y del *Gran Hotel de los Dos Mundos*! No tenía el placer de conocer á D.^a Rafaela, pero ya me la figuraba una señora muy amable, muy buena, muy de confianza,

en cuya casa podía pagarme perfectamente el lujo de caer enfermo, seguro de que me cuidarían mucho y me darían aguas de toronjil y manzanilla, de puro cariño, de aquellas que no figuran en la cuenta el día de la partida.

En efecto, no me engañaba. Nos recibió una señora como ya usted calculará que es D.^a Rafaela, con el aire de quien da hospitalidad á un amigo que se espera; nos preguntó nuestros nombres y generales, nos contó su historia, nos averiguó la nuéstra, nos dio muchos consejos, y media hora después éramos excelentes amigos y sabíamos más ó menos qué había que ver en Burgos.

Esto, para decir verdad, yo ya lo sabía, y suponía que la catedral me había de parecer tan admirable como es. Pero en punto á catedrales era yo un hombre tan fuerte ya, que podía gastar airecillos desdeñosos para la más pintada.

No por eso dejó de sorprenderme, ni dejé de deplorar la existencia de tanta casa vieja que no la deja admirar como merece. Pero ni de eso trato, ni fue su arquitectura lo que me gustó más: fueron los nombres los que me impresionaron en la vetusta Burgos.

Yá no se trataba allí de ningún Hohenzollern ni Saxe-Coburgo Gotha: se iba á ver la capilla del Condestable Velasco, hijo de los Condes de Haro; la tumba de D.^a Mencía de Mendoza y de los gallardos Infantes de Lara; las estatuas de Nuño Rasura y de Laín Calvo; el solar del Cid y los recuerdos de D.^a Ximena.

—¡Esto sí es hablar en castellano, y esto sí es historia! me decía mi amigo.

Y con cuánto interés, porque hablaba de cosas nuéstras, oíamos al guía la minuciosa disertación, que estaba entre tanto durmiendo á dos *misses* inglesas que se nos habían adjuntado con el prosaico fin de que nos saliera más barata la sapiente explicación!

* * *

Un día llegámos á Madrid, y fue un gran día.

Desde luego volámos á la Puerta del Sol y nos pareció que debía de haber alguna fiesta. No sabíamos que en Madrid, de las cuatro de la tarde á las siete de la noche, no se quedan en su casa ni los paralíticos, y que en cualquier día á esas horas

la Calle de Alcalá deja atrás en movimiento á Charing-Cross ó al Boulevard de Capuchinas.

¡Y qué delicia oír nombres tan conocidos, tan de entre semana!

Nos esperaban en Madrid amigos muy buenos, amigos colombianos, y por supuesto formaban sobre nosotros el plan de señalarnos los misterios de la coronada Villa, que es un plan exquisito cuando se tiene, como se puede tener en Madrid, la seguridad de dejar estupefacto al neófito.

Y esto no pasa en todas partes. Un día que llegué á Viena me esperaba un amigo á comer y me dijo en seguida:

—Vámonos al Prater, y con eso conoce el Ringstrasse.

—Vamos, le dije; pero mal haya la falta que me hacía conocer esas cosas que no sospechaba, pensé.

En Madrid la primera invitación de un amigo fue para ir al Retiro. Allí estaba todo el mundo, principiando por la simpática pareja reinante, Alfonso XII y su interesantísima esposa, y siguiendo por Cánovas del Castillo, y Castelar, y Martos, y Campoamor, y Echegaray, y Fernán Núñez, y Madrazo, y Pérez Galdós, y Vico, y Pereda, y Condes de Uceda y de Medinaceli, á pedir de cualquier fantasía.

A la vuelta nos desmontámos en la Alameda de Recoletos para ir á pie hasta la Fuente Castellana, y esa noche, después de comer en Fornos, fuimos á oír á la Valverde en el teatro de Lara. Daban *La Gallina Ciega*, con una *petipieza* que no olvidaré nunca y de la cual seguí riéndome hasta una hora después de entrar á mi cuarto.

Día feliz, de expansión, de contento verdadero. Pasé una noche en consecuencia, y á la mañana siguiente me eché á la calle, alegre, con esa sonrisa interior que comunica un placer sano y un recuerdo agradable, sintiendo por todo el mundo una benevolencia inaudita y con muchas ganas de hacer una manifestación bien pública de que me gustaba muchísimo Madrid.

Fui al Museo Real. Después de ver por obligación la Perla y el Pasma de Sicilia, me puse á buscar cuadros españoles, porque me entró furor patriótico por esa que, á pesar de todo, será siempre nuestra patria.

Di con las obras de Velásquez y de Ribera, que enfriaron un

poco mi entusiasmo. Cualquiera que algo sepa declara que son los dos más grandes pintores españoles, y á todos los de la profesión he oído la misma monstruosidad.

Yo, no solamente no los entiendo, sino que los detesto. Esos santos desollados de Ribera me causan escalofrío; mientras mejores sean, más me disgusta verlos. En cuanto á Velásquez, con sus retratos de todos los Felipes, raza tan fea, y montada en caballos hidrónicos y esculturales, me parece la última de las aberraciones declararlo grande, cuando todo lo más que puede decirse de él es que fue paciente.

Pero hay cuadros de Murillo, y con esto está dicho todo. Y, sin ir tan lejos, están las muestras de la brillante escuela moderna española, que es admirable, y para cuya gloria bastaría la última creación de Checa, con su *Carrera de carros romanos*.

El *Testamento de Isabel la Católica*, de Rosales, es majestuoso; la *Venganza del Rey Monje*, es pavorosamente bella; y sobre todo, el cuadro de *Juana la Loca*, es todo un poema.

En su peregrinación con los restos de Felipe el Hermoso, se detiene Juana una noche en una llanura desapacible y sola. El viento sopla con fuerza las luces de las antorchas de la comitiva y esparce los cabellos de la protagonista, quien, con la mirada extraviada y perdida en horizontes tan vagos como su razón, da la orden de detener un momento el fúnebre cortejo. Tiene ese dolor tanto de definitivo y de profundo; ha dado Pradilla á la mirada de esa mujer apasionada y delirante una incertidumbre tan conmovedora, que los ojos no se sacian de contemplar aquella obra maestra que, si tiene defectos para los clásicos, tiene la propiedad de mover todos los resortes de los que sólo vemos en el arte la impresión hondísima que causa.

*
* *
*

Pero me distraigo de mi cuento. Había Feria en Sevilla, y ya me parecía que no alcanzaba á ese espectáculo tan tentador. Así fue como una tarde, con dolor de mi alma, salí de Madrid para Andalucía.

Al tomar mi puesto, procuré conseguir el bello ideal de un viajero inglés, que es ir solo en un *wagon*, y lo obtuve. Iba triste y con tendencias soñadoras y románticas; quería fumar con libertad y recapacitar sobre mis impresiones madrileñas.

Al primer movimiento del tren, destornillé la válvula de los recuerdos, que principiaron á salir á borbotones, dándome casi tanto placer cuanto me habían dado los originales, y de todos los cuales deducía una impresión de bienestar y de cariño por ese país que formaba curioso contraste con mis ideas antiguas.

Después de una hora de meditación saqué en limpio, como convicción íntima que tengo aún y espero tener siempre, que para un hispano-americano no hay excursión más interesante en todo el mundo, ni Europa ofrece plan más agradable que el de un viaje por la tierra sabrosa y simpática de nuestros mayores.

—¡Aranjuez! gritó el guarda de estación, como si no dijera nada. ¡Cuántas memorias traía esa palabra! Allí está el Tajo. Lo veía como una cinta de plata al través de los cristales húmedos, y lo miraba con emoción, como á un amigo viejo, con mezclados sentimientos de tranquilo entusiasmo, de indefinible melancolía.

Media hora después, otra estación.

—¡Castillejo! dijo el guarda; ¡aquí se cambia para Toledo!

—¡Toledo! con su Alcázar, y su catedral, y su puente de Alcántara! Y yá empezaba á pensar en D. Enrique de Trastámara y otras antiguallas, cuando el prosaico ruido de la llave que torcía el guarda me anunció que venían compañeros á interrumpir un capítulo de impresiones de viaje que yá comenzaba á perfilarse en mi cerebro.

Al abrir la portezuela me vi perdido. Nada menos que una familia entera, llena de canastos y mantas y envoltorios, en momentos en que yo encontraba las medidas estrechas para extenderme cuan largo era, pues se trataba de la gravísima cuestión de pasar en el tren toda la noche.

—¡Así tenía que ser! Noche toledana va á ser esta, y comenzaron á resfriarse notablemente mis entusiasmos históricos.

Entraron con alegre algarabía un caballero, una señora, una señorita y un niño en brazos con su criada respectiva. Saludaron y principió la colocación de todos los artículos, que no duró poco y que no dejó literalmente en donde poner un alfiler.

Salió el tren, y una vez acomodado cada uno en su res-

pectivo rincón, menos la criada que ocupó el centro de enfrente, todo fue entre ellos conversación ruidosa y recuerdos y proyectos para la Feria, y lástimas de que los demás no se hubieran resuelto á venir, especialmente Clarita, que lo tenía yá todo listo, y á última hora se había desanimado, no se explicaban bien por qué.

—¡Qué tal si se anima Clarita! me decía yo, disgustado con que me hubieran alterado todos mis planes, y resuelto á no darme por notificado de su conversación y á hacerme el inglés hasta la mañana siguiente, en que debíamos llegar á Córdoba.

Me arrinconé bien, me cubrí cuanto pude y momentos después era alma de la otra vida.

Soñé que era dueño de una hermosa quinta en los ejidos de Córdoba, á las orillas del Guadalquivir, medio oculta entre naranjos y limoneros, en donde se cantaban peteneras y malagueñas, se tomaba mucho Jerez, y se veían brillar por dondequiera ojos negros andaluces.

Una ó dos horas de ese sueño incómodo que se tiene cuando uno va despedido por montes y llanuras, en perpetuo movimiento de péndulo de reloj.

—¡Argamasilla de Alba! gritaron, y me desperté adolorido, muerto de hambre, de un humor negro.

La luna iluminaba desabridamente las desapacibles llanuras de la Mancha. Allá en el fondo unos montes altos y negros. Ibamos á cruzar la Sierra Morena.

—¡Argamasilla de Alba! repetí. Vergüenza debía darte haber manchado tu título de cuna del carácter más alto que todos los tiempos hayan producido, con haberlo sido también del más acabado tipo de la prosa vulgar. Y á buen seguro que hoy se admira más el carácter de Sancho y sus groseras agudezas, que las nobilísimas prendas de la flor y nata de los caballeros, cada día más pasadas de moda, debido á las conquistas del siglo de las luces!

Ah, que si no hubiera tenido más para su gloria que la frase admirable con la cual pretendió detener á la escolta que llevaba á los galeotes: “¡Basta que vayan contra su voluntad!” sería lo bastante para deplorar eternamente que un ingenio

preclaro hubiera elegido en mala hora á tan completo caballero para víctima de su sátira inmortal....!

Aquí iba de mis reflexiones cuando eché de ver que mientras mayor era mi amargura contra la prosa y el egoísmo del siglo, mayor era también un hambre feroz que me acosaba y que yá principiaba á acentuarse de una manera muy desagradable.

Consultado el librito que me servía de guía, vi que no había esperanza. Ibamos á pasar por Andújar, por Despeñaperros, por Almuradiel, por la venta de Cárdenas; oiría los nombres de Valdepeñas, Santa Cruz de Mudela, Arjonilla y la venta de Alcolea, pero en todo aquel trayecto tendría que alimentarme sólo de grandes recuerdos, pues no había un solo asterisco que indicara en el itinerario la probabilidad de una cena, por modesta que fuera.

Resolví, por impotencia, arrellanarme de nuevo en el reducido espacio de mi propiedad, y ver si era posible que volviera el sueño interrumpido en mala hora. Hacía cinco minutos á lo más de esta evolución, cuando oí á la señora que dijo:

—Pues yo creo que yá es tiempo.

Con lo cual, y después de que todos los de la familia se inclinaron en señal de aprobación, principiaron á descolgar canastos y paquetes, y á deslumbrarme sacando á luz, ya un pollo asado, ya una empanada legendaria, ya una bota de vino, que había de ser justamente bota y no botella, para que fuera más apetitosa, por ser clásicamente española.

Por entre las junturas de los dedos yo abría tamaños ojos; pero mi dignidad me imponía el deber de hacerme el dormido, y cumplí con él. Tal vez, pensaba yo, cumplieron mejor con su deber Aristides ó Régulo, pero siquiera tuvieron el premio de la admiración de la posteridad; mientras que yo qué gano con esta hazaña incógnita, que nadie apreciará más tarde en todo su valor!

—Caballero, caballero, dijo de repente una voz argentina y celestial, que salía de los labios de la señora. ¿No gusta acompañarnos? Mire que la noche es larga, y no paramos en ninguna parte.

Dijo y me ofreció un ala de pollo dorada, por la cual hubiera dado, cinco segundos antes, mi reino y mi primogenitura.

Comprendí á Esaú, pero á pesar de eso balbuceé una excusa torpe, que por fortuna no fue aceptada, y me entregué al placer inefable de comer, con muy buen apetito, una cosa muy sabrosa y ofrecida con muy buena voluntad.

Mientras devoraba, me ocurrió pensar que, si en lugar de esta encantadora familia española, hubiera venido conmigo una anglosajona, tal vez hubiera muerto de inanición en la Sierra Morena, ó á lo menos no hubiera sacado de ella el grátísimo recuerdo que conservo.

Media hora después, y á continuación de una franca libación hecha á la bota misma, vinieron la expansión y la cordialidad.

Me contaron quiénes eran, de dónde venían, para dónde iban. Nada había en su historia de particular: marido y mujer con su niño y su cuñada (que era primorosa), que iban á Córdoba á visitar á unos parientes, y luégo pensaban pasar á Sevilla para las fiestas.

—¿Y usted de dónde es? me dijo la señora, que era la más expansiva.

Calcule usted qué pregunta y la contestación que motivaría.

—De los Estados Unidos de Colombia, señora, dije sin detenerme. Y media hora duré hablándole de la grandeza de los Andes, de la navegación del Magdalena, del canal de Panamá, etc. etc. etc.

El marido insistía en hacerme hablar de las selvas vírgenes, de las riquezas naturales; me preguntaba de exportación, de comercio, de industrias fabriles, y yá yo no sabía qué hacer con tanta estadística.

La mujer y la cuñadita nó. Una de ellas me dijo de repente:

—¿Y le gustó Madrid?

—Ay, señora, calcule. Y me eché á contar mis impresiones.

No hay nada igual á un auditorio simpático. Cuando uno ve que cae bien lo que va diciendo, cobra bríos y saca espíritu y dice cosas que á uno mismo le sorprenden.

Así me pasó esa noche. Les conté cuanta cosa pude, sin dejar nada entre el tintero, notando que ellas estaban encantadas de tener cómo pasar el rato.

Pero como á cada instante venían á mis labios las hipérbolos en cuanto hablaba de las madrileñas, la señorita me dijo con una sonrisa deliciosa:

—¿Usted como que es muy pícaro, no?

—¿Yo pícaro? señorita, por el contrario; ahora verá usted mi única aventura en Madrid.

Y les conté la siguiente:

*
* *
*

Una tarde en Madrid fui á dar, como de costumbre, mi paseo por la Alameda de Recoletos.

Era al principio del verano, en esos preludios del calor que llenan el aire de perfumes, y esperanzas y proyectos. Era esa estación intermedia en que no es elegante residir yá en la capital, pues quien tiene posibles ya está en su *villa* ó en los baños de mar.

Es entonces justamente cuando aparecen los tipos raros, los tipos que se quedan. Es la misma cosa alumbrar el sol en Madrid que prender fósforo en tierra caliente, que no queda polilla ni cucarrón ni avechucho que no acuda á quemarse en ese fuego.

Iba yo con mi amigo en conversación filosófica muy acalorada. Hablábamos de un tema nuevo: del amor.

—Lo extraordinario no existe, me decía el desengañado de mi amigo. A mí no me ha pasado nunca nada raro, ni he encontrado Virginias ni Eloísas, ni he hecho conquista alguna que no me haya salido por un ojo de la cara, tuvo la audacia de decirme.

—Te engañas, mira, y no exageres; le repuse. No por un despecho momentáneo calumnies á un sexo que tiene tanto de generoso y de espontáneo. Vé, por ejemplo, tres de los casos que podría citarte en prueba de que no es cierto lo que dices ... Pero, á propósito, mira esta muchacha que pasa por detrás de aquel sujeto. ¿La conoces?

Esta interrupción vino con motivo de la aparición de un sér que tuvo el acierto de sacudir las fibras más íntimas del mío. Era alta, morena, pálida; en fin, era uno de esos tantos tipos tan descritos en novela, que realizan precisamente el ideal de quien ha leído muchas. Era Coseta ó Adriana de Cardoville, ó Beatriz, ó cualquiera otra de esas hadas, pero

con el aditamento de que me miró fija y lánguidamente por el espacio de cinco octavos de segundo, con un aire de decir: "Soy tuya y eres mío. Nuestras almas se comprenden."

Al momento yo comprendí la suya. No en balde había tomado en Bogotá el ferrocarril de la Sabana, ni cruzado los Andes en mula, ni bajado el caudaloso Magdalena, ni atravesado el Océano proceloso, si, como premio á tanto esfuerzo, había venido á dar con el bello ideal, con el tipo que había perseguido tanto tiempo en noches sin cuento de tristeza y de vacío!

Era *ella*, y nadie me lo quitaba de la cabeza, ni mi escéptico amigo, quien, á pesar de su amargura, no pudo menos de decir:

—Pues te diré que es bonita, lo que fuere. Pero te aconsejo que tengas mucho cuidado, porque aquí no se sabe si uno puede meterse de repente en camisa de once varas.

—¿Cuidado con ese ángel? le dije. Mírala y vé bien lo que es. No hay sino ver su trajecito modesto, su aire distinguido, su porte reservado, para comprender que es una muchacha de gran familia y de mucho tono. Ahora, no me creas presuntuoso, pero ¿qué tiene de particular que ella se haya fijado en mí, como yo en ella, y que haya sentido algo de lo que yo he sentido? Los americanos tenemos un tipo que gusta mucho aquí por lo raro, y ¡quién quita! Nó, déjame las ilusiones. Yo soy de tu edad, pero no tengo el corazón tan gastado como tú, y creo todavía en que.... Ay, pero vé cómo respuntea, por Dios; yo no me vuelvo al Hotel sin saber quién es y sin decirle alguna cosa.

Mi amigo era de veras reservado y escéptico. Lo era tanto, que resolvió dejarme solo en persecución de los albores de esa aventura, sin curiosidad siquiera por el epílogo, no sin repetirme, eso sí, que tuviera muchísimo cuidado.

La aventura esa tarde no se complicó mucho. Cinco miradas apasionadas, tres veces en que nos cruzámos en el paseo diciéndonos mucho con los ojos y demás órganos mudos, y cierta promesa perfectamente tácita, que no sé de dónde saqué yo, de que á la tarde siguiente iría de nuevo al paseo.

Esa noche ¡qué noche! invité á mis amigos á cenar á Fornos, los llené de champaña y de confidencias, los humillé

hasta donde pude con mis palmas de conquistador, y tuve un sueño perfectamente *morisco*, en que sólo figuraron huríes y bayaderas.

A las cuatro de la tarde del día siguiente yá yo estaba en Recoletos. Una hora de duda, de impaciencia. Un gentío inútil, que nada me decía, que me causaba furia. A las cinco el sol me parecía magnífico; España un país privilegiado, lleno de garantías individuales; Madrid la única capital en que valiera la pena de vivir. Al través de una fila indiferente había alcanzado á ver el semblante romántico de la que había ocupado veinticuatro horas de mi vida sin un minuto de descanso.

La impresión fue tan fuerte, que tomé una resolución tan extravagante como heroica. Me avancé sobre esa flor de diez y siete abriles y le dirigí la palabra!

No me acuerdo, por supuesto, qué le dije. Al principio una frase tonta; luégo un raudal de elocuencia y de fuego. Ella, entre púdica y temerosa, me dejó decir todo, sin responder una palabra (verdad es que yo no le dejaba tiempo), y le hablé de mi corazón, de mis ilusiones, de mi porvenir y de los bosques de América de áloe.

—Pues aunque yo no tengo el honor de conocerlo á usted, dijo después de mil trabajos, no puedo negarle que su modo de ser me ha impresionado muy favorablemente. Se echa de ver en usted al caballero cumplido, y eso basta para que yo no me crea con el derecho de negarle mi amistad. Yo vengo á este paseo todas las tardes, y no creo que el mundo mirará mal el que hable algunos instantes con usted.

No necesitaba yo de tanto, y hablámos algo más que instantes. Es decir, hablé yo; pues, á decir verdad, casi no la dejaba sentar baza.

Pasó lo de siempre. Fue tanta mi conversadera, que ni le dejé tiempo de decir quién era, ni quedé más avanzado que la víspera sobre su edad, vecindad y generales. Eso sí, yo se lo dije todo, no sólo sobre mis ilusiones, desengaños, esperanzas y otros temas abstractos, sino sobre temas más concretos, como la causa de mi viaje á Madrid, mi situación en el mundo, y el deseo enorme que abrigaba de encontrar una mujer que me comprendiera.

Por lo visto, creo que me comprendió perfectamente. Pero cortándome el hilo de un entusiasmo, me dijo que en su casa la esperaban y que á la tarde siguiente volvería.

* * *

Y así pasaron cuatro tardes. Nos encontrábamos como viejos amigos y paseábamos juntos en ese para mí populoso desierto, y yo estaba feliz, y de ahí sacaba asunto para mi conversación con los amigos nocturnos.

Por la noche, al salir del café en que nos reuníamos y en el cual atolondraba á mis amigos con mi triunfo, me ponía á pensar muchas veces en qué casta de pájaro sería mi bello ideal, y en verdad que no acertaba á adivinarlo.

Que era una niña honorable y de educación muy suficiente, se echaba de ver en el momento. Por supuesto que yo á mis amigos les decía que había sabido, por el portero del Hotel, que era una muchacha noble, hija de un Marqués de campanillas y demás cosas para la exportación; pero para mi foro interno abrigaba terribles dudas sobre el punto.

Uno de mis amigos, prosaico como un lunes, me dijo una vez:

—No me sigas atornillando con tu conquista, porque esas me las sé yo de memoria. Si fuera de veras muchacha de una familia que se respetara, no la dejaban salir sola á la calle.

—¡Cómo! ¿Que no la dejaban salir sola? ¿Entonces tú no sabes que en Europa todas las muchachas salen solas? ¿Estás creyendo que aquí todavía están como en Bogotá? Mira: en Inglaterra veía yo todas las mañanas en el parque á la hija de Lord Clarendon, sola siempre, y aun por cierto que si no le hablé no fue porque ella no me diera lado.

—Pues te digo que eso será en Inglaterra ó los Estados Unidos, pero no es así ni en Francia, ni en Italia, ni en España, donde son tan severos ó más que en América. Y falta saber si era de veras la hija de Lord Clarendon, sobre lo cual respetarás mis dudas; pero lo que es ésta, cuidado que no sea modista ó figuranta de un coro en Eslava. Abre bien los ojos, porque aquí también lo casan á uno como en Nueva York.

No contesté. . . . por dos motivos. Primero, porque lo achaqué á envidia; segundo, porque me dije que en el fondo tal vez tenía razón.

—Pero no; ¡cómo! ¿modista esa muchacha? Yá se lo hubieran tomado todas las del oficio. Decente, y muy decente, y hasta noble; se veía en todo, en sus maneras, en su porte, en su reserva.

¡Y qué! ¿No existía lo extraordinario? ¿Las cosas habían de ser siempre de cartulina, hoy como ayer, mañana como hoy? Divertida sería la existencia con ese programa.

—No, señor; muchacha de alta alcurnia, á quien sus padres dejaban salir sola al paseo porque tenían confianza en ella. Un poco excéntrica, fatigada de los tipos de entre semana, había visto uno diferente y se había apasionado, y era ella la que estaba tentando una aventura.

Y cuidado que tenía halagos para mí la novela con la hija de un Marqués. ¡Y en último caso, modista, pero con esas prendas, pues adelante!

Y en marcha para Recoletos al día siguiente, á las cuatro y treinta y cinco minutos p. m.

Después de un siglo de espera, despuntó al fin su aristocrático perfil detrás de una estorbosa procesión de indiferentes. Estaba más linda que Cleopatra y que Semíramis.

—¿Esta es la corista? me dije; tontos! ¡Princesa por lo menos!

Su saludo era una maravilla. Una venia imperceptible, un medio mover de labios, y un disimulo artístico para detenerse de manera de hacer creer á los que venían detrás que aquello no tenía nada de particular, y que se agregaba á las filas quien tenía derecho perfecto para hacerlo.

Me le adjunté como la yedra al olmo y comenzámos á movernos. No sé con qué palabras principió la conversación, pero noté en ellas algo de excepcionalmente romántico y emocionado.

Yo que yá no podía y sentía que había sometido las calderas de mi corazón á una presión mayor de la que en justicia podían resistir, iba á estallar como el Vesubio, cuando ella delicadamente, haciendo alto á la sombra de un limonero, y una habilísima pirueta sobre sus talones, me dijo en un tono que quería decir lo que decía:

—Tengo el gusto de presentar á usted á mi madre, caballero.

Volví la mirada estupefacto, y encontré, en efecto, á un sér que se había deslizado mañosamente detrás de nosotros, y que, con la sonrisa más acaramelada de la tierra, me dijo:

—Calle de Monserrat, 19, á la vuelta de la de Navas de Tolosa. Allí nos tiene usted muy á sus órdenes, pues por lo que nos ha contado Leonor, yá lo consideramos á usted como un amigo.

—Muchísimas gracias, mi señora, le dije todo balbuciente y trémulo. Con el mayor placer iré muy pronto por allá á presentarles mis respetos. Y muchas otras cosas que le dije, medio ahogado, agonizante, viéndome yá casado por el Cura de las Navas de Tolosa, y acordándome con espanto de que en mi amoroso frenesí había dado á ese ángel mi nombre y el del Hotel en que vivía.

Y como pude, me despedí de las dos distinguidas damas, no sin que Leonor, con una expresión que no le conocía, y mirándome en el blanco de los ojos, me dijera:

—Mañana no vendré á Recoletos porque papá está un poco delicado de salud. Lo esperamos á las cinco en casa.

—Y de toda confianza, dijo la vieja con un aire meloso que me recordó á Maquiavelo y á Rodin.

—Iré sin falta, sí, señoras, dije desfalleciente al alejarme.

* * *

¡Ay, qué noche aquella!

Omito la escena del café, en que el amigo de los consejos me espetó de repente:

—¿Y en qué paró tu conquista?

—Ahí vamos, le dije, á falta de una máquina de triturar impertinentes con la mirada.

—En bonitas me metí, salí pensando cuando me fui á acostar. ¿Y ahora qué hago? Yá esta vieja habrá dado aviso á la policía de quién sabe qué cosas, y si mudo de hotel ó me voy para otra parte, me ponen la mano y me casan. ¡Qué dirán en casa cuando lo sepan! Pero en esto no hay más sino que á lo hecho pecho. Tengo por fuerza que ir mañana para aplacarlas, y veré cómo convierto las llamas encendidas del amor en las azules y tranquilas de la amistad.

¡Pero qué noche y qué pesadillas! Me la pasé entre curas y escribanos, jurando que la otorgaba y que sería siempre fiel

á ese ángel, y viendo en la iglesia una puertecita oculta por donde quería salir corriendo; pero un hombre de cabellos blancos me detenía á tiempo que mi amigo se moría de risa junto á la pila de agua bendita. Con el alba me eché á la calle á discurrir al aire libre.

Pensé ir á casa de nuestro Ministro en busca de inmuni-
dades diplomáticas, pero me detuvo la evidente carcajada, y me tragué solo todo ese océano de amargura. Y el reloj á todas estas avanzaba, y yá estaba cerca, demasiado cerca de las cinco de la tarde, hora en que debía yo ir á la calle de Monserrat, número 19, á la vuelta de las Navas de Tolosa!

*
* *
*

Sonaron al fin las cinco campanadas, como suenan todas las de este valle de lágrimas, en momentos en que subía yo una escalera grasienta y oscura, de escalones muy altos, tan tortuosa como mis intenciones y tan elevada como las esperanzas que en mí fincaban los de arriba.

—Quinto piso, me dijo la gallega de la puerta. Toque usted al ventanillo, y de resto usted verá la placa del Coronel Estáñez.

Cinco esfuerzos y cinco palpitaciones, y aquí tiene usted en la cúspide á un pobre viajero extraviado, que buscaba la felicidad en los pináculos de la calle de Monserrat.

El ventanillo es una curiosa institución de España. Es una ventanita, con una reja en cruz, abierta sobre la escalera, que permite al dueño de la casa saber quién toca á su puerta, y por consiguiente no franquear, si no le parece, sus lares y penates á cualquier cobrador ú otra gente descomedida é importuna.

A mis suaves dos golpes correspondió una voz bronca y demasiado rápida, como de gente que espera.

—¿Quién va? dijo el cancerbero, y abrió el postigo de la ventana.

Al verme, se dulcificó la expresión y abrió la puerta un sujeto de sobre sesenta, duro de carnes y maneras, y que me llamó la atención por algo singular. Tenía una pierna de palo, un brazo de palo y un ojo muy raro, y que probablemente también sería de palo. Era, en fin, un héroe de madera, pero

que revelaba en todo un alma fuerte, y la multiplicidad de veces en que había combatido por la causa de sus convicciones.

—¿Usted será el sujeto de quien nos ha hablado la chica? dijo. Siga usted y acomódese. Aquí no encontrará usted ni lujo ni grandezas, pero sí mucha franqueza y amistad.

Nada había, en efecto, de suntuoso en la salita adonde me introdujo, y en donde me senté tímidamente en el borde de un canapé de filipichín colorado, perfectamente de acuerdo con el lugar que ocupaba.

—Sí, mi amigo, continuó. Aquí nos tiene usted en este quinto piso, y llegaremos al décimo si sigue gobernando á España esta partida de bribones. Unas veces Sagasta y otras Cánovas, y siempre lo mismo; los ladrones medrando, y los que hemos derramado nuestra sangre por la patria, en la miseria y el olvido. Así me pesa en mis pecados haberme sacrificado por estos vampiros, que no servirán todos para limpiar una bota á D. Carlos. Pero yá es tarde para esas reflexiones, y sólo espero que algún día ha de sonar la hora en que me paguen todas las que me deben. ¿Y á vosotros cómo os va por Cuba? ¿Mucho se roba? ¿eh? Pero, en fin, allá siquiera estáis vosotros lejos de esta canalla. Esa es mi única aspiración, y así lo he dicho á la niña que se fije en alguien que nos saque de este infierno.

Al acabar esta diatriba entró la madre muy melosa y amable, luégo la niña haciéndose otra vez la romántica, y por las cuatro puertas de la salita asomaban la cabeza un sinnúmero de infantes de varios sexos y tamaños, quienes veían probablemente en mí al Mesías que había de llevarlos á la tierra de promisión.

No entré en detalles, por creerlo inútil é imprudente, de que mi patria no era Cuba, como todos los españoles suponen que es la de quien habla castellano sin ser español, y los dejé halagados con la esperanza de que, debido á mi ingreso en la familia, emigraríamos todos á buscar el calor tropical y la atmósfera suave de la joven América.

Porque estoy persuadido, como si lo hubiera visto, de que yá estaban haciendo los baúles el Coronel Estáñez, su estimable señora, dos hermanas solteronas que con ella vivían y los ocho retoños, quienes no tenían otro proyecto que el de comer

el pan amargo del ostracismo á expensas del marido que Leonorcita les pescara.

Tres cuartos de hora de cumplimientos relamidos y conversación sobre la delicia que debía ser vivir por fin en una tierra en donde uno no viera á más de cuatro tipos de éstos que le amargan la vida á cada instante, y comencé á dar señales de despedida.

No era fácil la cosa porque no había cómo cortarle la palabra al Coronel, quien me estaba desarrollando su programa político, que era muy sencillo.

Él lo que quería era vivir en un país en donde no estuvieran encima sino los hombres honrados y los verdaderos servidores de la patria, que eran aquellos que hubieran perdido sus brazos y piernas en el campo del honor. Para los pícaros, los bribones que estaban en el poder actualmente, no tenía conmiseración alguna, y exigía que fueran todos al presidio, sin distinción de colores políticos, porque él, ante todo, era justo.

Por lo que hace á libertades públicas, estaba decidido á que sólo mandara el pueblo soberano, y nada de tiranías de cuatro vagabundos que habían tomado el poder por asalto y contra la voluntad manifiesta del país entero. Por lo demás, sus opiniones eran en todo y por todo las de Salmerón y un poco las de D. Carlos, es decir, hacer una fusión de los dos partidos, de manera que todo anduviera en regla y se reconocieran las pensiones de los que de veras habían servido, condición que acentuaba á golpes de la muleta que le servía de apoyo.

Al fin coloqué mi frasecita, cortando ese Tequendama, para decir que me iba, y todo el placer que había experimentado en conocer una familia tan distinguida y tan patriarcal, y no había comenzado aún mi discurso, que era un puro brindis, cuando me lo cortó la señora, diciendo:

—No, señor; nada de requiebros, porque pegan mal. Corazón, y nada más que corazón; eso es todo lo que tenemos, pero eso sí: sinceridad y cariño como usted no encontrará en las casas de los grandes, en donde todo es oropel y vanidad.

—Sí, señora; así lo reconozco, y por eso me he complacido tanto en este momento de expansión, que me recuerda á mi país.

Le dije, y cortando un chorro de declaraciones y ofreci-

mientos y convites, me despedí, quedando solemnemente comprometido á volver al día siguiente, á las ocho de la noche, á tomar chocolate, en familia, solamente ellos y yo y unos pocos amigos de confianza.

Y bajé las escaleras como un ave aprisionada hiende los aires cuando logra soltar los hilos que la envuelven; y cuando llegué al Hotel y me vi solo, creí que me moría de la felicidad.

* * *

—¿Y después qué hubo? ¿En qué paró el Coronel?

—¿Y esto cuánto hace? ¿Fue en este último viaje?

—Esto, señoras, fue anoche, y esta noche debe tener lugar la tertulia de confianza del Coronel Estáñez.

—¡Qué gracioso, dijo la señora, qué cara estarán poniendo á estas horas!

—Mire usted que con su cuento se nos ha pasado la noche en un instante, dijo el primor de la cuñadita.

Y se rieron un rato de mis impresiones hasta que poco á poco fuimos sucesivamente quedándonos todos dormidos.

—¡Bailén! gritó el jefe de la estación adonde llegábamos en ese momento.

Di un brinco en el asiento en donde ya empezaba á dormirme, y me quedé de una pieza con el nombre.

Después calculé que la noche estaba muy lluviosa y oscura, que por la ventanilla no se veía sino una estación como las otras, y dejé caer otra vez la cabeza y me dormí y me soñé que el General Castaños había hecho perfectamente en pelear y dar grandes batallas por la libertad.

ROBERTO SUÁREZ.

1886.

A JULIA

(DE TOMAS MOORE)

Si la desgracia turba la serena
Paz de tu pensamiento, vida mía,
Yo con mi amor mitigaré tu pena
Y volveré á tus ojos la alegría.
Pero si con fastásticos temores
Tu corazón de niña se tortura,
No robaré á tus ojos soñadores
El encanto sin par de la ternura.

FRANCISCO A. GUTIÉRREZ.

CORONA DEL GENIO

Muere Alejandro en turbulenta orgía
 Y el vil deleite empaña su memoria;
 César corona á su inmortal historia
 Halla de Bruto en la traición impía.

El que en Marengo y Austerlitz un día
 Encadenó á su carro la victoria,
 Encuentra ocaso digno de su gloria
 De Santa Elena en la región vacía.

Bolívar se levanta; denodado
 Liberta con su espada un continente
 Y sucumbe abatido y calumniado,

Y es más grande al morir triste y doliente,
 Porque sólo el martirio resignado
 Sabe del genio coronar la frente.

RICARDO CARRASQUILLA

DOS SEMILLAS

Dos semillas agitadas
 Por un céfiro suave
 Vagaban por el espacio
 En una apacible tarde.
 Cayó en un campo la una
 Y hoy es palmera gigante;
 Cayó en un risco la otra
 Y allí murió y allí yace.
 Mi corazón es el campo
 En donde nació tu imagen,
 Tu corazón es el risco
 En donde la mía yace.

CONSTANTINO GIL.

LA FABULA EN LA

En esta vida
Ni todo es verdad
Ni todo mentira.

CALDERÓN DE LA BARCA.

La mitología tuvo su razón de ser, como la astrología caldea, como la conquista macedónica, como la doctrina confuciana, como la transfusión budística, etc., porque correspondía al primer desarrollo del espíritu humano en una época semibárbara, cual fue aquella en que á los príncipes y á los genios que habían sobresalido en cualquier hecho inexplicable ó maravilloso se les asignó el ideal de dioses, haciéndoles fingidamente sobrevivir como inmortales.

Por una parte la fantasía griega que predominaba en Europa, por otra la oriental, que se esparcía por el Asia, y últimamente la egipcia, que daba y recibía inspiraciones en el Africa, hicieron que el hombre, más ó menos primitivo de esas edades, personalizase las ideas comprendidas en sus internos sentimientos, tales como el ser, el no ser, la vida, la muerte, el orden, el desorden, la espontaneidad, la necesidad, el contento y la naturaleza; ideas que no sólo concebía como símbolos de dioses, imaginando unos dioses para cada cosa sensible ó animada.

Así el equilibrio del firmamento, el sistema del mundo, los fenómenos cósmicos, eran para los paganos obras de la voluntad de un gran dios del universo, al cual estaban subordinados tantos dioses inferiores cuantas son las formas de las existencias naturales. Ese numen general ó supremo se consideraba por sus adoradores como bueno en el fondo, pero extremadamente irascible, celosísimo y vengativo; tanto, que para aplacar su cólera se inventó la plegaria, la cual, siendo á veces inoficiosa, se acompañó con los sacrificios de esencias aromáticas y de víctimas animales y humanas.

Después en el Egipto, viendo los pueblos que aquel dios primitivo no podía por sí solo defenderlos de la tempestad, del ábrego, del terremoto, de la inundación, de la epidemia, de la plaga y de los demás accidentes insólitos de la naturaleza, aceptaron la creencia de dos dioses, uno del bien y otro del mal; cambio que en Grecia dio origen al mito de Plutón,

el guardia del
piterno príncip

Persia al de Arimanes, el sem-
blas.

Los hom-
nidades y de l-
de sus almas n-
cidad ó su des-
gencia y su orga-
tánte entes invisibles, de tántos númenes poderosos. Tales
hombres, á quienes su falso sentimiento religioso no dejaba
ejercitar plenamente el libre albedrío, todo lo esperaban de
fuera de su sér, y al intento de conseguir sus escasas aspira-
ciones, se confiaban á los héroes, á los sacerdotes y á los ago-
reros, castas elevadas sobre la ignorancia general, que les pro-
mulgaban los oráculos como leyes de sociedad y de familia.

En la éra prehistórica á que nos contraemos no había em-
pezado aún la cultura egipcia ni la helénica; así es que los habi-
tantes de estas regiones eran rudos y agrestes, se alimentaban
de yerbas, frutos, raíces y carne, todo crudo, y apagaban su
sed en el río ó el arroyo sin cántara ni vasija para llevar el
agua á sus labios; comenzaba en ellos cierto instinto artístico
y algún sentimiento de justicia; pero estas cualidades fueron
siempre supeditadas por su ánimo supersticioso y avaroso.

No conocían el fuego sino en el rápido estalli-
pero como este agente natural debía entrar ne-
el comercio humano, la ley de su causal y de sus propie-
se reveló en el Cáucaso á Prometeo, y éste supo producir la
chispa que debía retenerlo y propagarlo. Sin embargo de las
ventajas que semejante descubrimiento proporcionaba á la
humanidad, los contemporáneos de su autor juzgaron á éste
como sacrílego por haber hecho un robo á la esencia fulmínea
que fabricaba Vulcano para Júpiter, y lo condenaron á morir
encadenado sobre el monte Hólboro, bajo las garras de águilas
y buitres que lo devoraron. Después de que aquella sociedad
incipiente se utilizó de tan estupendo hallazgo, se disculpó de
su injusticia, atribuyendo el castigo de Prometeo al querer
del padre de los dioses; lo cual dio origen al célebre mito de
su nombre.

PRÓSPERO PEREIRA GAMBA.

(La conclusión en el próximo número).